

## Omisi3n de pronombre posesivo

Yolanda del Carmen Arellano Noriega (YCAN)

Image not found.

# Capítulo 1

A quienes mantienen  
congruencia entre  
sus actos y sus palabras.

YCAN

## **PITAFAS O HISTORIA CON FINAL INVEROSÍMIL**

*iQué de veces, sin llegar  
al fondo de las almas,  
sienten aversión para alguno  
que en nada les dañó! Y  
eso sólomente por ver  
el exterior.*

Eurípides.

*Medea.*

"Hoy estuvo, otra vez, en nuestro jardín. Isabel se enoja conmigo porque dejó la puerta abierta a propósito. Le molesta, además, que yo permita al intruso jugar con *sus bebés*: dos afganos pedantes que no sirven más que

para ganar premios en concursos de belleza canina, y para que mi --desde hace vinticinco años-- mujer canalice sus frustraciones maternas y represiones sexuales cepillando los larguísimos pelos de 'Albi' y 'Noni'.

"Pitafas sabe, desde la primera vez que entró a husmear los platos de los *niños*, que lo observo a través de la ventana del segundo piso. Sabe, también, que soy quien deja comida junto a la cruz de piedra y está seguro de que despedí a una de las sirvientas por mojarlo, el invierno pasado, a punta de chorro de agua.

"Esta mañana, desde el jardín, me despertaron los gritos de mi consorte seguidos por un portazo que hizo retumbar todos los vidrios de la casa. Entre la modorra que apenas me permitió sentarme en la cama y la imagen borrosa y --para mí, desde hace un año-- chocante de Isabel, perfectamente peinada y maquillada manoteando frente a mi cara legañososa, supe que Pitafas se las había ingeniado para pasar la noche dentro del *Corvette* de mi señora. Al parecer, yo era el culpable por haber dejado la ventanilla abierta... Sí: lo había hecho.

"Entendí algo de vestiduras inservibles, quién sabe qué acerca de llamar al servicio de fumigación, y no sé qué más respecto a su mudanza a la casa de Valle de Bravo; regresará --según dijo-- sólo hasta que Pitafas haya desaparecido *de-fi-ni-ti-va-men-te* de la zona, palabras que confirmó al sacar del armario una maleta en la que introdujo, meticulosamente, varios cambios de ropa.

"Llamó trece veces a las oficinas de *Pinkish*, su revista para jovencitas adolescentes. Luego de dar instrucciones a su equipo de trabajo, salió de la recámara; me dejó medio sordo y sumergido en el eco de otro terrible portazo.

"Minutos después, escuché, una vez más, los gritos de Isabel alternados con órdenes a los *nenes*; al parecer, no tenían muchas ganas de viajar con *mamá*.

"Finalmente, reconocí el motor de mi *Camaro*: tras algunos minutos de calentamiento, se alejó por la calle. Después, ¡ah...!, el silencio paradisiaco que dejan, siempre, las ausencias de Isabel.

"Me levanté de la cama y salí al balcón. Pitafas, sentado en el borde de la fuente como si esperara de un momento a otro mi aparición, me miró y dijo con voz que parecía más de locutor que de mendigo: *Discúlpeme, no he querido causar tanto alboroto*.

"Sonreí sin mostrar los dientes y festejando para mí la ocurrencia del pordiosero: *pasar la noche en un 'Corvette', ¡qué fina incomodidad!*

'--¿Desayuna conmigo? --más que invitación, mi pregunta fue una orden que clavó los pies de Pitafas en el pavimento. Giró medio torso hacia mí, hizo una discreta reverencia y volvió a sentarse en el borde de la fuente.

"De inmediato, entré a ponerme una bata, me alisé los cabellos con la mano, y por el ridículo interfono de Isabel --mismo que yo nunca había utilizado hasta entonces-- ordené a Juanita sendos desayunos en el comedor y bajé al jardín frontal para recibir al... hombre.

"Mientras descendía hasta el jardín, sentí incomodidad por el hecho de tener que compartir mi mesa con un extraño. Eso pasa siempre que se actúa sin la mínima reflexión; cuando se sufren arrebatos de fraternidad sensiblera muy alejada de lo verdaderamente sensible.

"Al indicarle el camino, Pitafas hizo una seña de paciencia con la mano. Se dirigió con natural porte distinguido hacia la llave del agua para lavarse. Después, sacó un pañuelo que --pese a estar deshilachado, raído, percutido y arrugado-- se veía muy limpio. Eliminó, con él, el exceso de humedad de entre los dedos así como las gotas que escurrían por su nariz. A continuación, de una de las bolsas del pantalón, extrajo un peine y un pedacito de espejo. Luego de arreglarse barba y cabello, se volvió hacia mi para decir: *Estamos en su casa. Después de usted, por favor.*

"Siempre me ha divertido observar cómo los que nunca han poseído nada, cuando se encuentran frente a alguien que está --de uno u otro modo-- en una condición *inferior* a la de ellos, se vanaglorian de poseer aquello de lo que no son dueños, pero que --por alguna razón-- consideran suyo y tratan a los *arribistas* con la punta del zapato: Juana, aventó el plato a Pitafas quien, limpiándose una mancha de salsa que salpicó su camisa blanca amarillenta, dijo con sincera cordialidad: *Muchas gracias, señorita.*

"Departimos en silencio por espacio de una hora. Yo apenas comí: me dediqué a observar cada uno de los movimientos finos, elegantes; pero nunca superficiales de mi invitado:

"Como un experto *gourmet*, degustó los huevos estrellados, la salsa y los frijoles refritos con totopos y tocino que tenía en el plato. Cuando terminó de comer, dio dos sorbos pequeñísimos al café, limpió sus labios con delicadeza, y después de depositar la servilleta a un lado del plato, de la bolsa interior de su abrigo raído, extrajo una pitillera de plata muy

deteriorada y ofreciéndome uno de dos pregunto:

'--¿Le incomoda si fumo?

'--Por favor, adelante --dije tomando uno de los cigarrillos que me ofrecía. Él, luego de encender su cigarrillo y dar dos fumadas lentas, muy lentas, preguntó:

'--¿Quién es el amante de *Petrof*?

'--¿Cómo? --pregunté sin entender.

'--El *Petrof* de la sala.

'--¡Ah! --dije con indiferencia--. Mi esposa lo compró como mueble decorativo.

'--Mmm... ¿No toca usted? --volvió a preguntar en un tono discreto que denotó incredulidad más que curiosidad; mientras encendía, otra vez, mi cigarrillo que se había apagado.

'--Las piezas de Ana Magdalena... Bach --Aclaré con un tono que pretendía humillar a mi interlocutor.

'--Sí. Las conozco --Respondió sin defenderse.

'--Ya sabe --contesté alardeando de mi  *fina* educación--: las primeras lecciones que a uno le enseñan a la par del abecé.

'Sí --dijo serenamente, y con naturalidad, añadió--: es una pena que no se nos eduque con Debussy.

"La taza de café quedó suspendida a escasos milímetros de mis labios.

'--¿Toca usted? --sentí en mi voz un tono idiota.

'--No sé si recuerde... Hace tantos años...

'¿... Le gustaría probar? --pregunté burlonamente tratando de borrar mi tono anterior.

'--Tal vez más tarde --contestó con indiferencia.

"En mi cara se dibujó una sonrisa malévola. Era evidente: Pitafas jamás había tocado un teclado. Por alguna razón, sentí la morbosa y banal necesidad de ser superior a él y con estupidez monárquica, busqué la

bala para disparar:

'--¿Qué opina usted de Tamayo?

'--¿Rufino o doña Josefina?

"La sorpresa al descubrir que mi interlocutor conocía a la respetadísima promotora de arte, no sólo me dejó paralizado sin que me hizo proferir una respuesta imbécil:

'--¡Es obvio que me refiero al pintor! --Pitafas me miró con indulgencia y después de exhalar el humo con suma elegancia, contestó pausadamente:

'--Existen temas mucho mejores que las sandías y esos personajes extraños de rostros cuadrados y apenas perceptibles. ¿No le parece?

'--Déme un ejemplo --pedí tratando de ponerlo en aprietos.

'--... Los volcanes de Gerardo Murillo --contestó mirándome fijamente a los ojos. En seguida, reclinándose sobre la mesa en actitud de confesarme algo muy privado, añadió--: En sus trazos hay fuerza, sobre todo decisión. Sólomente alguien decidido se atreve a utilizar los colores que usó Atl... ¡En su tiempo, claro está! --Luego, volvió a recargarse sobre el respaldo para continuar--: Aunque debo confesar que tampoco me gustan los cuadros de Atl.

'--¿Rivera? --pregunté en un tono de conocedor pedante.

'--Respeto opiniones; pero, a mí me hace bostezar.

'--¿Orozco? --presioné.

'--Muy neurótico.

'--¿Siqueiros? --Me apresuré a decir.

'--¡Ah! Inteligente; *El Diablo en la iglesia* es un cuadro hermoso además de inteligente, ¿no le parece?

'--¿Inteligente? --y salté en mi asiento exagerando gestos de incomprensión mal actuados, acompañados por un tono de incredulidad en mi voz. No sé cómo hizo, Pitafas, para reprimir la carcajada ante mi ridículo histrionismo.

'--Pocos se han atrevido a plasmar, ya en formas, ya en palabras, la existencia real del mal inmerso en el mundo de los ritos místicos. --dijo sacudiendo la ceniza del cigarrillo sobre la palma de su mano,

obligándome, de inmediato, a buscar un cenicero. Luego, se enfrascó varios minutos en la observación del cigarrillo. Al parecer, buscaba la forma para *aplicarme una llave*:

'--¿Supongo que a su señora esposa le gustará Frida Kahlo o María Izquierdo?

'--Ambas. ¿Cómo lo sabe? --pregunté realmente sorprendido.

'--Es obvio: Kahlo se puso de moda e Izquierdo sólo impresiona a las señoras de sociedad que *ven* pinturas únicamente en las subastas a beneficio de los niños de la calle. ¿Así llaman ahora a los niños indigentes? ¿No es así?

"Detecté el tono insidioso y me pareció una deshonestidad, en mí, permitir la crítica a mi esposa que, si bien es un digno ejemplar de la pequeña burguesía, lo que significa que es una señora venida de menos a *más*, con los cabellos teñidos de rubio platinado que hace contrastar el tono de su piel morena, y de una frivolidad apabullante que --cuando no mueve a ira-- conduce a la compasión, pues es difícil dar crédito a que exista un ser tan banal, vacuo e ignorante (me casé con sus caderas, no con su cerebro); de ninguna manera iba a tolerar que se hiciese escarnio de ella en su propia casa. Lancé, entonces, una pregunta con el propósito de desviar la conversación:

'-¿Por qué no le gustan los cuadros de Izquierdo?

'--De gordos a gordos, prefiero los de Botero --dijo él, acomodándose el faldón del abrigo como si fuera la cola de un frac--. Aunque... Botero no considera a sus gordos, *gordos*.

"Yo estaba, verdaderamente, impresionado. Era evidente que Pitafas había recibido una educación completa. Quise descubrir más virtudes en mi huésped y con una voz que se me atoró en la garganta pregunté:

'--¿Quién es su artista preferido?

'--Ar-tis-ta preferido... --Repitió él.

"Comprendí que, una vez más, había heco una pregunta mema y ambigua; sin embargo, contesté con la seguridad irreflexiva que proporciona la ignorancia:

'--Sí, sí. Artista. ¿No entiende lo que es un artista?

" Pitafas tomó unos segundos para reflexionar con lentitud cerrando

los ojos y luego, dijo:

'--... *A proposito delle questioni plastiche, preferisco sei: Il Rembrandt, Il Michel Angelo, Il Greco, Il Bosco, La Remedios Varo, Il Monet e il Bruno Widmann.*

"¡Era demasiado! ¡Menos mal que no me contestó en francés! Y mientras yo no cabía en mi perplejidad, Pitafas apagó su cigarrillo y, después de guardar el resto en la pitillera, dijo:

'--Hablar, con serenidad, de *artistas* plásticos nos tomaría, por lo menos, un año, ¿no le parece? Ahora, si a usted no lo incomoda, quiero probar.

'--¿Qué cosa? --pregunté aún inmerso en sus palabras anteriores que no había comprendido del todo.

'--*iPetrof!* Quiero escuchar la voz del muchacho ornamental.

"Salté de mi silla y conduje a mi invitado hasta el piano, pues tenía yo un ansia morbosa por escucharlo tocar.

"Él tomó asiento. Permaneció casi por veinte minutos mirando en silencio el teclado. Cuando en mi cara comenzaba a dibujarse una sonrisa burlona y malévola, súbitamente, Pitafas comenzó a ejecutar magistralmente el *Cake Walk* y las *Imágenes* de Debussy. Al terminarlas, tocó, sin pausas entre una y otra obra, dos piezas para piano de Tchaikowski, *Ligerezza* de Liszt, *Vieja Viena* de Godowsky; y terminó con el conocidísimo anónimo, interpretado con una dulzura como jamás en mi vida lo había escuchado.

"Quedó, una vez más, observando el piano en silencio. Yo no me atreví a hablar.

'--Bueno --dijo, por fin, cerrando el teclado al tiempo que se levantaba--. El *Do* central está un poco desafinado. Cosita de nada: un cuarto de tono más abajo. Discúlpeme si no ha habido ningún Brahms. Hace tantos años...

"Me sentí un patán, ahí, en traje de pijama, despeinado, sin rasurar, con el aliento de la noche anterior aunado al de la sal de ajo de los huevos estrellados del desayuno. ¿Quién era, en realidad, aquel hombre vestido en harapos?

'--¿Me disculpa usted un momento? Quisiera ir a arreglarme.

'--¡Ah, por favor discúlpeme usted a mí! --dijo muy avergonzado-- Es

tiempo de marcharme.

'-No, por favor... --supliqué deseoso por retenerlo--. Quiero mostrarle algo. Sólo permítame. No tardo.

"¡Por supuesto que no tardé! Mi mentalidad pequeñoburguesa comenzó, bajo la regadera, a elaborar una serie de fantasías absurdas: *¿Y si roba algo? ¿Y si comienza a hurgar por la casa? ¿Qué tal si es un psicópata y viola a Juana?*

"Terminé de bañarme y bajé a zancadas las escaleras fajándome la camisa, con los zapatos desatados y el cabello despeinado chorreante de agua.

"¡No estaba en la habitación donde lo había dejado! Comenzaba a encolerizarme cuando un ruido procedente de la biblioteca fungió como válvula de escape para mi ira injustificada.

"Pitafas, de pie, leía frente a uno de los librereros. Al sentir mi presencia, se volvió hacia mí y cerrando el libro bruscamente, dijo:

'--Goethe. ¡El padre de la Literatura Alemana! Otra soberana porquería este Johann Goethe.

'--¿Goethe?

'--Sí. ¿No lo conoce usted?

'--Sí, sí; pero, ¿cómo se atreve a decir que es...

'--¡Höelderlin era superior! --me interrumpió-- Goethe lo sabía. Por eso bloqueó a su colega hasta destruirlo --los ojos de Pitafas se incrustaron en los míos y siguió su perorata--. Hölderlin terminó al cuidado del carpintero que trabajaba en el manicomio donde el pobre infeliz fue a parar, ¡¿sabía usted eso?! --me preguntó como si yo fuera cómplice de la desgracia de Hölderlin.

'--No. --contesté avergonzado de mi *terrible* ignorancia.

'--¡El gran Johann Goethe era un mediocre! --Pitafas no había escuchado mi respuesta y tampoco le interesaba porque ya ni siquiera estaba en aquella habitación-- ¡Alguien que es realmente genial no tiene necesidad de bloquear a otros! ¡Eructo de mundo en que vivimos!, ¿no le parece?

"No se necesitaba ser adivino para caer en la cuenta de que Pitafas

había sido víctima de algún bloqueo, causa de su mendicidad.

'--... Le va bien el cabello humedo y desaliñado, parece usted un bohemio --dijo, y con una tranquilidad que borró de tajo la escena anterior, volvió a colocar el libro en su lugar.

'--¿por qué le dicen Pitafas? --Solté la voz, sorprendido yo mismo de mi pregunta.

'--No sé. ¿Me creería si le digo que acabo de enterarme del mote? Acaso sea porque convidó a los camaradas *pitillos*; pero usted quería mostrarme algo.

'--Sí --respondí nerviosamente porque, en realidad, no tenía nada que enseñarle. Era sólo que me sentía muy bien con su compañía.

"En seguida, se me ocurrió mostrarle un espantoso ajedrez que mi esposa compró una tarde de consumismo fatal en uno de esos almacenes que son todo un monumento al sufijo , pues conjuntan --en la mima construcción-- perfumería, tabaquería, confitería, jardinería, corsetería --por *cercanía* a este departamento, también charcutería--, librería, mercería, droguería y --por supuesto-- cafetería. Mi consorte encontró sentido al juego colocándolo como pieza decorativa sobre una de las mesillas de cristal biselado que adornan la biblioteca.

'--¡Quiero mostrarle esta obra exquisita!

'--...

"Pitafas no parpadeó. En su cara se reflejó una especie de compasión no sé si hacia el juego de mesa o hacia mi estupidez que había tocado fondo con aquel ataque de vehemencia seudoculterana.

'--... ¡Es maravillosa! ¿no le parece? --insistí tratando de imitar su *¿no le parece?* tan simpático.

'--No. En realidad, me parece de mal gusto y corriente. Los hilitos dorados lo hacen, todavía, más --sentí el rubor en mí--. ¡Esto es imitación marfil! ¡Plástico tratado! ¿Lo compró su esposa en *Liverpool*?

'--... ¿Le gustaría jugar una partida? --pregunté francamente embarazado.

'--No. Muchas gracias. Con los jaques de la vida tengo suficiente.

"Fue entonces: Comencé a experimentar esa sensación tan especial que se siente en el estómago cuando viene el momento de separarnos de

aquél cuya compañía nos hace sentir que vale la pena estar vivos.

'--Acompáñeme a comer. --propuse.

'--Gracias. --Contestó él con extremada delicadeza y añadió--: Mi intestino aún se encuentra en proceso de digestión... ha sido, usted, muy amable.

"Pitafas se dirigió a la puerta, y yo no enmascaré más mi tono de angustia:

'--¿Adónde va, hombre?!

'--A la vida. ¿Adónde más? --Luego, miró mis pies y dijo en tono paternal--: Ate bien sus agujetas... podría usted caerse en el momento menos esperado. --Y salió dejando embarrada su exquisita presencia en la cáscara *snob* de las paredes de Isabel."

"A las cinco y quince de la tarde, Juanita me sacó del pozo de los pensamientos al anunciarme que mi mujer estaba al teléfono. Tomé el auricular, y con la pereza más grande que he sentido en mi vida, dije: *Bueno*.

"Del otro lado, Isabel hablaba, hablaba, hablaba sin decir nada importante. Volvió a expresarse despectivamente de Pitafas. A cada palabra de Isabel, mi mano retiraba un poco más el auricular de mi oreja hasta que no escuché una sola palabra. Recargué el aparato sobre mi hombro, cerré los ojos, respiré profundo por unos segundos, volví a acercarme con decisión la bocina y con voz que parecía *más de locutor* que de editor literario dije:

'--Quédate con todo, Isabel. Quédate con la casa, con los autos, con las cuentas bancarias, con la editorial, y por supuesto, quédate con toda tu ordinariedad y con toda tu estupidez.

"Corté, y luego de amenazar a Juana con despedirla si atendía al teléfono mientras yo estuviera en la casa, salí a preparar un pequeño equipaje compuesto por lo que consideré indispensable para vivir decorosamente y conseguir un trabajo que me permitiera tomar mis tres alimentos diarios. Empaqué mi título profesional y *currículum vitae*, en primera instancia..."

"... Hace cuatro horas, cerré tras de mí la puerta de la casa, hoy de Isabel, y he sentido --como hace veinticinco años no me sucedía-- ese aire tibio que a uno lo convierte en amante de la vida. Al mirar hacia uno y otro lado de la calle, he elegido un rumbo cualquiera... La única certeza que tengo es, por el momento, que no pararé hasta encontrar a mi querido amigo Pitafas, pues nada me interesa más --en este momento-- que conocer el verdadero apelativo de un harapiento, único HOMBRE íntegro --en toda la extensión de la palabra-- que, a lo largo de cincuenta y siete años, he conocido."

## Capítulo 2

### FUGA HACIA LA RECLUSIÓN PERPETUA

"Fui... para ellos, lo que podríamos llamar... --según ellos-- ¡importante! Jmm, jmm... ¿Y cuál ser, incluidos los unicelulares, los invertebrados y aun los descerebrados --que no son pocos-- está exento de serlo?"

"Hay personas que luchan, que trabajan todos los días de sus vidas para meter zancadilla --si no es que para matar ya espiritual, ya físicamente a sus semejantes-- pues tratan de llegar a ser *alguien*; buscan que los de la masa incógnita digan: *es él, ahí está fulanito* ¡Jmm...! ¡Dios! ¿A quién le importa, verdaderamente, que el prójimo sea importante?"

"A mí --paradójicamente, ¡jmm!-- nunca me interesó la fama. Se me dio como da el cáncer o la sífilis. La obtuve... como uno consigue el boleto premiado de la rifa en la kermés: por azares del destino; pero --a diferencia de las circunstancias anteriores--, yo, prácticamente, no hice nada para obtener *el éxito* por el que tantos se matan y destruyen.

"Yo sólo comencé a escribir --inconsciente de las consecuencias--, a despotricar contra lo que me parecía y me parece innecesario: critiqué los lugares comunes en todos los contextos, atacué la sobrevaloración de los que --para algunos-- son dioses terrenales cuyas palabras presuponen mandatos divinos, proferidos desde sacros escritorios. Escribí contra las asociaciones de cualquier tipo, no por el dulce afán de joder, sino por la necesidad de evacuar lo que mi sentido común digería cotidianamente.

"En fin... no hice --si algo hice-- más que ser lo que algunos calificarán de resentido social, inadaptado, traumatado, obseso-depresivo, etc., etc., etc. En una palabra: no fui ni hipócrita ni acomodaticio.

"Escribí, siempre, con la tinta de mi médula, y nunca proferí una sola palabra si la verdadera necesidad de expresión no corría por mis circuitos para activar mi aparato fonador, ni permití que mi mano escribiera sin sustancia.

"Es por eso que nunca participé en las reuniones *coctelescas*, motivadas por las presentaciones de mis libros, ni me creí aquello de ser una *personalidad*.

"Los premios que llegué a obtener --sin buscarlos premeditadamente-- , fui, siempre, a recibirlos con mi *eterna chamarrita* de paño gris y --si acaso decidía estar muy elegante-- me ponía una corbata azul marino -- obsequio de mi hermano EL ABOGADO, en la última navidad que pasamos

en familia.

"Me gané, con esa actitud, las etiquetas de *grosero* y *patán*. Mil veces he agradecido no haber ganado ; habría sido capaz de renunciar a él a fin de evitarme el *frac*.

"Para mi sorpresa, así como hubo los que me agredieron abiertamente, asimismo, hubo los que gustaron de mi modo. Y éstos, pronto, comenzaron a llevarme de boca en boca, de pluma en pluma, de micrófono en micrófono, de cámara en cámara.

"Personalmente, me divertía observando a los agresores cuando me entrevistaban porque, en realidad, se preguntaban a sí mismos por medio del escrutinio de mis conceptos.

"Nunca me preocupó quedar bien con nadie y eso, indudablemente, atrae orejas morbosas. Así fue como gané un acérrimo e inseparable enemigo; Nicandro Escoto, quien --para mi gente y para mí-- fue: *Mi Casto Escroto*.

"Terminó odiándome porque --al preguntarme respecto a una cierta novela titulada *La gran falacia*, que versa respecto a la visión que tengo tanto de la vida como del género humano--, contesté, sin miramientos, sus dudas acerca de cuáles fueron los puntos relevantes que motivaron la creación de mi novela: después de escuchar atentamente, dijo en un tono despectivo --como el buen limitado que es--: *No estoy de acuerdo con tus puntos de vista, maestro*. Y yo respondí ante cámaras: Después --hice mal, lo sé--, abandoné el foro dejando el programa sin conclusión porque, donde no hay acuerdo, no tiene caso dar vueltas como la mula que persigue la zanahoria que han atado sobre su cabeza frente a sus ojos.

"Contrario a lo que algunos esperaban y contrario a lo que yo mismo deseaba, además de famoso, me volví popular: *La gran falacia* agotó su primera edición y dos reimpresiones en menos de un año.

"Mi Casto Escroto --no sé si por odio verdadero o porque encontró la manera fácil de publicitarse, o tal vez porque, inconsciente o muy conscientemente, se convirtió en mi más ferviente admirador-- comenzó a crucificarme cada fin de semana en su columna dominical. ¡No perdía detalle de mi vida privada! ¡Hasta logró enterarse de que, una vez que me quedé en el baño sin papel *culinario*, hube de ponerme los calzones sobre el coño encajetado a fin de salir a buscar otro rollo! El episodio, por supuesto, lo insertó en sus colaboraciones periodísticas en la primera oportunidad que tuvo.

"Si hubiera sido inteligente, habría escrito mi biografía, habría esperado mi muerte y la habría publicado una semana más tarde y, tal vez, hasta habría obtenido buenas regalías, ¿quién mejor que él para

biografiarme? ¡Controlaba, incluso, la tela de cada uno de mis pantalones!

"Sí. Indudablemente, me admiraba y tal vez --no es ningún secreto su reprimida preferencia sexual-- llegó a amarme. ¡Jmm! ¿No dice la filosofía popular y el lugar común que *del odio al amor sólo hay un paso*? De otro modo, no me explico la obsesión por registrar cada uno de mis movimientos, incluidos mi divorcio y mis relaciones pasajeras con *mariposas de bar*, como diría el buen Bukowski.

"¡Ah! ¡La fama, la fama! Cuando llega de golpe, el afamado se embriaga y pierde toda perspectiva; pero, en mi caso, que no la busqué, que me llegó poco a poco y que --además-- me pesa; me dio oportunidad para conocer a los hipócritas, a los acomodaticios, a los arribistas, es decir: a los que siempre me odiaron y que de la noche a la mañana comenzaron a presentarme con un orgulloso *mi amigo*. Si supieran que yo he sido, siempre, mi único amigo...

"Un día me hartó ese estúpido juego de *ser alguien*; pero ya no pude hacer algo para desaparecer de la pantalla social: hasta la señora de los periódicos --quien nunca leyó una sola de mis novelas, mucho menos uno de mis ensayos-- me entregaba solemnemente y con cortesía sobreactuada, todos los días, el periódico:

'--Es el último --decía ella en un tono como si se tratara de un informe de la *Gestapo*--. Se lo guardé --añadía dándome a entender que le debía la vida por aquel gesto distintivo.

'--¿Y si hoy hubiera decidido comprar algún otro? --se me ocurrió preguntarle una vez. Ella se rió y dijo en seguida:

'--No. La gente como usted siempre compra ese que le di.

'--¿Y cómo soy yo? --pregunté sorprendido del psicoanálisis de mi voceadora.

'--Pues... Así --bajó los ojos apresunrándose a regresar una gota de saliva que escurrió por el centro de su labio--: como usted.

'¡Ah! Sí. Me queda claro --respondí guiñando un ojo con gesto de complicidad y rascando las monedas en mi bolsillo para pagar el diario.

"Así que un día me fui... o mejor dicho... huí de todo el aparato ilógico que rodea lo que llaman *fama*. Escribí una carta a mi editor en la que exponía mis deseos de darme un tiempo de descanso. Saúl Rivera llamó esa misma noche para decirme que tomara todo el tiempo que me diera la gana, siempre y cuando --me conoce de sobra-- mis vacaciones

terminaran antes que el siglo veintiuno.

"Empaqué al día siguiente. En uno de mis paseos, había encontrado una gruta preciosa allá, adelante de San Felipe de la mierda (hay tatos San Felipes en este país). Era mi paraíso privado: extraordinarios paisajes, buen clima, un manantial de agua dulce, buena tierra para sembrar y, sobre todo, algo que verdaderamente anhelaba: el encuentro con la energía cósmica, con la Conciencia Universal, en fin: la fusión con el Absoluto, misma que sólo el contacto con la Naturaleza puede proporcionar a algunos.

"Me deshice de todas mis pertenencias y llevé conmigo sólo aquello que consideré estrictamente indispensable para vivir: mi piano vertical, herencia de un abuelo tan peculiar como yo que, al verse obligado a radicar fuera de su Estado natal, se fue con lo que llevaba puesto y viajó en el camión de la mudanza que trasladó su instrumento al cuartucho en el que vivió por ocho años.

"El *sleeping bag* y las mantas eran indispensables para proteger la madera del instrumento de los cambios bruscos de temperatura y de la posible humedad de la gruta.

"Compré tres cobertores de lana para el invierno; llevé conmigo una taza, un vaso y un plato de plástico, más cucharas y cosas de éstas que, a veces, son *muy indispensables*. Cargué con todos mis pantalones y camisas de mezclilla, así como las de franela. Compré toneladas de camisetitas y calzoncillos de algodón, jabones biodegradables porque --no puedo negarlo-- estoy contagiado por la moda ecologista de mi ex mujer, militante del Partido Nueva Era, quien se divorció de mí porque --después del accidente en la motocicleta-- no pudo reciclarme el falo. Ella quería tener otro hijo. Lo tuvo... y con repuesto: ahora, mi hija tiene gemelos por hermanos. A ella le parece chistoso que pueda haber dos personas idénticas. A mí me parece patético. ¿Qué pensaba, al respecto, Karl Marx? ¡Todos iguales! ¡Sin diferencias ni siquiera físicas!

"No olvidé --aprovechando el bombardeo de artículos extranjeros, producto del Tratado de Libre Comercio-- comprar una buena chamarra, guantes y bufandas. Todo lo necesario para iniciar una vida en *austeridad*, como algunos modernos ascetas occidentales que empaquetan la comodidad antes que el desapego.

"Sólo mi hermano Joaquín, EL ABOGADO, supo de mi propósito. Quedó encargado de cobrar las rentas de mi departamento, de renovar los contratos de los inquilinos, de cubrir la pensión de mi hija y --por aquéllo de los arrepentimientos-- también de depositar dinero en mi cuenta bancaria.

"¡Inenarrable mi tranquilidad! Me despertaba antes del amanecer, corría en calzoncillos y con una mochila a las espaldas entre los árboles del bosque hasta llegar a un lago que había descubierto. Allí, completamente bañado en sudor, me descolgaba la mochila, me tiraba al agua y el cambio brusco de temperatura me hacía salir rápidamente a flote para inhalar todo el aire del Universo.

"Al exhalar, el vaho de mi aliento se confundía con la neblina que flotaba al ras del agua.

"Luego, salía a vestirme y caminaba dos kilómetros más hacia el norte donde, siempre, dejaba instalada una caña de pescar en el río.

"Sí alguna trucha había picado durante el día anterior o por la noche, dos horas más tarde terminaba en mi intestino grueso. Si no había pesca, entonces, tomaba un poco de café con mascabado en el que sopeaba unas galletas asquerosas; aprendí a hacerlas fritas --qué ocurrencia-- sobre una de las sartenes, con la harina que, por supuesto, llevé conmigo desde la ciudad. No tenía la más pálida idea de cuánto podrían tardar mis cultivos de trigo, maíz y legumbres en dar frutos; así que no fui tan tonto como para no llevar conmigo latería y despensa no perecedera. Se trataba de huir de las masas, no de suicidarme vía inanición.

"También, compré un gallo y una pareja de gallinas ponedoras que no tardaron en proporcionarme huevos --me los almorzaba ya tibios, ya estrellados o revueltos... si se rompía la yema--. Cuando llegaba a picar alguna trucha, mi primer alimento del día era un verdadero banquete real que me dejaba satisfecho hasta el día siguiente.

"El resto de las horas, me dedicaba a lavar ropa sucia, plantaba semillas, o hacía ladrillos destinados a la fabricación de un horno para el pan que tenía pensado hacer con el trigo que brotaría ¡y que brotará! algún día, aun sin mí.

"Por la tarde, me sentaba a contemplar el cielo, y ya en la noche, me perdía en el tapiz tachonado de estrellas. Otras veces, sólo tocaba el piano. Me enajenaba con la acústica tan particular de la gruta, y perdía la noción del tiempo.

"A veces, para conciliar el sueño, me contaba historias que no ponía en papel porque... al abandonar la *fama*, también había decidido abandonar la Literatura y la Creación Literaria, aunque no la creación en sí... pequeña trampa.

"Muchas veces, lamenté --en medio de tanta belleza indescriptible-- poseer un sistema lingüístico que, siempre, me obligó a buscar adjetivos para describirme a mí mismo tanta creación extraordinaria. Me enojaba el hecho de ser incapaz de permanecer quieto, simplemente observando,

sintiendo y escuchando el silencio rítmico del Universo.

"Tenía la vida pacífica y tranquila que había buscado! Por veinticuatro meses, fui completamente feliz hasta que, un día, apareció mi inseparable enemigo.

"Mi Casto Escroto llegó un sábado al mediodía hasta mis territorios.

'--¿Qué tal, Crusoe de pacotilla?

"Al reconocer la voz nasal, quise ponerme en pie de un salto; perdí el equilibrio y caí al suelo aplastando varias espigas de trigo.

"Lo de *Crusoe de pacotilla*, de alguna manera, era cierto: ¿no había dejado mi *seguridad* --como lo hizo el inglés-- para huir de la aburrición de lo cotidiano?

"Mi Casto Escroto no se conformó con violar él solo mi espacio vital. Llegó acompañado de dos camarógrafos y tres técnicos bien provistos de instrumentos para despojarme de mi intimidad.

'--¿Cómo chingados diste conmigo? --pregunté levantándome y sacudiéndome las nalgas. Escroto rió con sorna y contestó:

'--Soy periodista. Ando detrás de la noticia. ¿Cómo ves?

'--Muy mal. --Contesté entre dientes--. Un día van a romperte el hocico.

'--No creas --dijo con cara y tono retadores prefabricados--. Estoy bien protegido. ¡Comienza a grabar *Pipope*! --Ordenó al camarógrafo.

'--Córtale, *Pipope* --dije sin alterarme, acercándome al técnico y extendiendo una mano para interrumpir la grabación--. Lárgate, Escoto. No quiero problemas-- y levanté, a mi paso, no supe por qué, una piedra de buen tamaño.

'--Cuéntame --insistió Escroto metiéndome... menos mal, el micrófono por la boca--. ¿Cómo fue que decidiste convertirte en el Robinson Crusoe mexicano?

'--Para empezar, Ecoto, Crusoe llegó a una isla, no a un cerrito de dos por dos. Y para terminar, vine huyendo de tanto imbécil amarillista entrometido y con poder que hay en la ciudad.

"Mi Casto Escroto tenía más canas y había echado panza.

'--¿Y no te hace falta el sexo? ¿O decidiste entre la zoofilia y el ananismo?

'--¿Qué te da derecho...?! --sin pensarlo, di media vuelta y arrojé la piedra sobre la lente de la cámara acertando con todo éxito. Escroto, cerciorándose de que se había estropeado, arrebató a un técnico la otra cámara.

'--Escúchame bien...

'--¡No! Escúchame bien tú a mí, pendejo! --dije levantando otra piedra y dando un giro simultáneo sobre mis talones--. Te vas a largar ahora mismo, y te vas a olvidar de la carretera que conduce hasta aquí.

"Mi Casto Escroto continuó grabando y haciendo preguntas estúpidas, mismas que no respondí. Traté de continuar con mis labores cotidianas, pero mi paciencia se agotó veinte minutos más tarde cuando Escroto pretendió entrar en mi gruta. Di otra media vuelta y arrojé la segunda piedra, con tan buen tino y tanta fuerza, que fue a dar justo en la sien de Escroto quien, de perfil, grababa los paisajes que circundan el montículo donde establecí mi casa.

"El periodista cayó al piso, acompañado por un golpe seco y sin soltar la cámara. No se movió más.

I I

"Mi hermano llegó a verme con su portafolios y su impecable corte inglés. Lo vi muy avejentado. Luego de un largo silencio, me dijo con afecto reprimido:

"--Creí que te habías ido al encuentro con la Naturaleza; pero ya veo que te fuiste a hacer cirugía plástica... Qué bien estás.

"Permanecemos callados alrededor de cinco minutos. Después, añadió:

'--Perdóname. Un día me encontré a Francisca. Me preguntó por ti y le conté dónde estabas... No pensé que la voz fuera a correr tan rápido.

'--¿Rápido? Fueron dos años --contesté absolviéndolo de toda culpa. EL ABOGADO es aprensivo y se flagela hasta por pisar una hormiga en un día de campo.

'--... La vi hace dos semanas ---murmuró Joaquín entre dientes,

tratando de encender un cigarrillo.

'--¿Y Begoña? --pregunté para desviar la conversación.

'--Se parece mucho a ti. Por lo demás, está muy bien. ¡Ya casi me llega a los hombros...! --Mi hermano me arrancó una sonrisa apestosa a ternura y al notarlo, se animó--: Ya comenzó a escribir cuentos.

'--¡No me jodas! Que estudie Biología, *Gastrofísica* o *Mierdalogía*. --  
Contra su voluntad, mi hermano había soltado una carcajada natural.

'--Lo que sea --continuó yo--: pero no Letras. Nada que esté relacionado con las artes.

"Joaquín me miró compasivo. Después dio una fumada al cigarrillo, y luego de sacar el aire por la nariz, dijo --igual que cuando siglos atrás hacíamos diabluras en casa de nuestros padres--:

'--Estamos metidos en un grave problema, niño... Escroto... --volteó a ver al guardia, quien no había entendido el término, y corrigió: *Escoto* murió.

'--Lo supe desde el primer momento --respondí con tranquilidad--. La muerte le acentuó el *rictus* de pendejo.

'--Jm, jm... Quieren transferirte a una institución de salud mental.

'--...

'--Analizaron tus novelas y... otros escritos que tenías por ahí.

"Salté de la silla:

'--¿Registraron mi estudio? --Mi hermano continuó, ignorando mi pregunta:

'--Existe un extenso expediente de tu comportamiento atípico...

'--¿Registraron mi estudio?! --volví a preguntar y mi hermano volvió a ignorarme.

'--Tienes muchos enemigos que apoyan a los deudos. Dicen que tu conducta nunca fue normal. La empresa de televisión te demandó por aquello del programa --di un golpe seco sobre la mesa, que hizo saltar la cajetilla y el encendedor.

'--... Regálame uno de éstos --pedí para disimular mi enojo.

'--Quédate la cajetilla --y siguió--. No alcanzas ni *Asesinato imprudencial* ni *Defensa propia*. Tienes, además, en tu contra, *Invasión a Zona Federal*... La empresa de Escoto ha metido muchísimo dinero.

'--...

'--Te transferirán el viernes.

"No supe qué decir y pregunté sólo por romper la tensión asfixiante:

'--¿Es un hecho?

'--Perdimos el litigio --respondió él en un tono plano-- ...Tienes derecho a recibir visitas dos veces a la semana. Podemos llevarte ropa limpia, libros, papel para escribir y esas cosas.

'--...

'--¿Te gustaría ver a Begoña? Conseguí permisos especiales --Me dieron pena los esfuerzos que Joaquín hacía para confortarme.

'--... ¿Puedo tener mi piano? ...Podrías decir qu es mi *amansa locos*. -- Joaquín soltó una triste sonrisita.

"... Tu piano lo reclamó el hermano de Escroto como parte de la indemnización... Es musiquito de anuncios y telenovelas. ¿Se te ofrece algo más?

'--Sí --dije sin alterarme--. Ve a ver a Dios a su oficina particular y pídele, en mi representación legal, que jale la palanca de este inmenso retrete. Nada más. "

## Capítulo 3

"Nos conocimos el año que terminé la preparatoria, una tarde en la que fui a comer con mis amigas al *Carlos and Charlie's* para festejar el cumpleaños de alguna.

"Se llamaba Gabriel y sus amigos le decían *Ito*. Varonil, impecable, oloroso a *Vetiver* que dejaba estela por donde había pasado, con el cabello siempre en su lugar --peinadito de raya al lado--- y con sus eternos suéteres de cuello alto --aun en plena primavera--; me hacía pensar en *Kent*, el novio de *Barbie*. Yo, seguramente lo hice voltear porque le recordé a .

"Nos vimos cinco veces, gracias a la poca prudencia y mucha indiscreción de Mayte Penagos, quien le dio pormenores, santos y señas de mi vida.

"La primera, me invitó a comer helados a Plaza Loreto. Otra, lo acompañé a cambiar su celular por un modelo más reciente, y luego, tomamos muchas tazas de café hasta que tuvimos que ir, cada uno por su lado, al baño.

"La tercera, fuimos a una fiesta de *Kitty*, y a las diez y media de la noche, en punto, ya estábamos de regreso en mi casa. *Ito* --acompañado por la música rechinante de su saco exclusivo de piel-- agradecía a mi padre, entre medias caravanas, la confianza que éste había depositado en su persona, *que apenas conocía*, para dejarme salir con él. Al cerrar la puerta, mi padre dijo en tono de aburrición: *Creí que a éstos habían dejado de fabricarlos desde el siglo antepasado*.

"La cuarta vez, lo invité a comer a mi casa y mi padre --quien había respondido a los comentarios y preguntas de *Ito* sólo con monosílabos--, en cuanto terminó el postre, se disculpó pretextando un quehacer muy importante: al subir a buscar mi bolso, lo encontré profundamente dormido.

"La quinta, Gabriel aceptó ser mi compañero de baile en la boda de mi prima Covadonga donde se ganó a mis tías, y mi abuela declaró que era *todo un caballero como los de antes* y que ella podría morirse en paz, segura de que yo me casaría *con alguien decente*.

"Cuando Covadonga y su flamante marido se retiraron, y mi padre, junto con mis tías, salieron a despedir a mi abuela; muy poca gente

quedaba en el jardín alumbrado con antorchas. Ito me invitó a bailar, y al calor rítmico de un sax que tocaba *It had to be you*, me robó un brevísimo beso que me hizo ruborizar hasta las orejas."

"Nuestro noviazgo era perfecto. Sabíamos respetarnos; pero, también, buscábamos divertirnos todo el tiempo. Me gustaba ver las caras de bobas que ponían no sólo mis compañeras sino también algunas monjas cuando Gabriel pasaba por mí --con permiso de mi padre-- en su *Mercedes Kompressor* plateado, seguido por un *Mistique* color blanco de --como él los llamaba-- *los chicos de su banda*.

"Cuando la madre Juana María de los Ángeles se enteró de *quién* era mi novio, dejó de deshacerme las bastillas de los uniformes por llevarlas dos centímetros más arriba de la altura reglamentaria, y también, de mandarme a lavar la cara por creer que llevaba maquillaje.

"Por aquellos días, mi auto quedó estacionado en casa: Ito y sus chicos me esperaban a las siete de la mañana frente a mi puerta para llevarme al colegio, y a la salida de clases, pasaban por mí para llevarme a pasear, siempre y cuando --condición impuesta por él mismo-- yo no tuviera tareas. Muchas veces mentí. Amaba estar con él.

"Contrario a lo que su excesiva propiedad lo hacía parecer, Gabriel no era pedante. Los que alardeaban de su situación privilegiada eran sus amigos y las mías. A mí me importaba un rábano que fuera hijo de quien era. Verdaderamente, me enamoré de él. Me conquistó su carácter siempre alegre y divertido; que --a cada momento-- se despojara de su condición social para hacer esas cosas que --lejos de llevarlo a un exhibicionismo vergonzante-- nos contagiaba a todos con su estilo ñoño y cándido, aun a los que no lo conocían. Los chicos de su banda participaron muchas veces en los juegos.

"Una vez, en mi cumpleaños, todos llegaron disfrazados de payasos. Incluso, los autos tenían sobre las puntas de los cofres pelotas que simulaban narices y, a los lados, hules espuma pintados de verde y amarillo, a manera de peluquines.

"Con los ojos vendados, me llevaron a un lugar. Gabriel había alquilado un salón para fiestas infantiles y había organizado, con la ayuda de la casamentera Mayte Penagos y otras amigas, una *payasada* para mí. Mi padre, en riguroso traje negro --que sólo usa en las presentaciones de sus libros o para asistir a sepelios-- estuvo presente dos horas, tiempo record para él, que nunca se convenció de la nobleza de Ito. Le parecía patético a él --DOCTOR EN CIENCIAS POLÍTICAS-- que el *niño* no se

dedicara a nada productivo.

"Gabriel sólo estaba pasando por unas vacaciones para pensar y estar seguro de qué era lo que iba a estudiar; pero el DOCTOR Terrazas no entendía estos y le parecía que yo debía salir *con alguien 'real' y no de la 'realeza'*."

"Ambos sabíamos que su verdadera molestia era que Ito había sido engendrado por --como él lo nombraba-- *el usurpador*. Años después, cuando todo acabó y las personas que estuvieron aquella noche en el departamento de Emilio se fueron --una vez aclarado el caso-- llevándose a Gabriel; mi padre tachó a Ito, sin miramientos, de *exhibicionista, fanfarrón e imbécil melodramático*; aunque, pienso que llegó a sentirse algo consternado con el suceso porque (mientras yo me limpiaba los mocos con el dorso de una mano y con la otra cuidaba que mis pechos no escaparan de la chamarra sin cremallera) dijo en tono seco que delata, siempre, la molestia que le causa su proclividad al sentimiento: *Vístanse. Invito los cafés.*"

"Ito y yo intercambiamos besos por dos años y tres meses hasta que, en mi cuarto semestre en la Universidad, conocí a Emilio: alto, delgado, ojeras permanentes, cabello a los hombros y siempre despeinado; a veces, llegaba a usar un mismo pantalón de mezclilla quince días seguidos o más. Hablaba poco; pero cuando lo hacía, todo al rededor, para mí, quedaba estático: su tono de voz, literalmente, me encantaba.

"Estudiante de Ciencias Políticas, nos conocimos un día en la Biblioteca Central de la U.N.A.M mientras hacíamos fila para el préstamo de libros. La falta de sistema en las computadoras nos permitió platicar largo rato: hicimos química. Él iba a sacar un libro de mi papá, de quien era una especie de admirador. No me creyó cuando le dije que podría conseguirle un volumen firmado, y por supuesto, tampoco me creyó el lazo consanguíneo: Mi papá es moreno como buen andaluz y yo heredé la fisonomía germana de mi madre.

"Me contó que, en sus ratos libres, pintaba. Tocaba violín sólo para calmar los nervios. Cuando estaba tranquilo, fumaba *mota*... Había guiñado un ojo verde al decirlo, y yo no pude --en la expresión indefinida de su cara-- descifrar si había sido una broma o lo había dicho en serio. Yo jamás lo he visto bajo ningún efecto.

"Sólo traía cien pesos en la bolsa, así que me invitó a tomar un café de los que vendían a la entrada de la Facultad de Filosofía y Letras, y nos fuimos a tomarlo entre los árboles de *Las Islas*.

"Cuando nos dimos cuenta, eran las seis de la tarde. Nos despedimos asegurando una cita para el miércoles siguiente a las cuatro en punto, justo en el centro del Espacio Escultórico.

"Veía poco a Gabriel. Finalmente, se había decidido por la Economía, y su padre le dio a escoger: el ITAM o el extranjero. Ito prefirió la educación nacional por razones obvias.

"Hablábamos por teléfono todas las noches. Una vez, descubrí --cosa rara-- que sus ocurrencias ya no me hacían gracia y yo buscaba pretextos para cortarlo en la comunicación telefónica, nerviosa por la posibilidad de que Emilio pudiera llamar justo cuando la línea estaba ocupada. Él no insiste, sólo marca una vez, si tiene suerte es bueno, si no, lo mismo le da.

"Aquel miércoles de mi primera cita formal con Emilio, coincidió con el hecho de que Gabriel no había tenido las dos últimas clases. Me esperaba a la salida del salón con *Tobie*, uno de sus chicos, para invitarme a comer al *Ibaraki*. Le mentí. Le dije que tenía que buscar información y preparar un tema para exponerlo al día siguiente. No me creyó; pero tampoco dijo nada. Se despidió con más protocolo que amor, cuidadoso de no ser cortante ni grosero.

"La tarde con Emilio fue maravillosa: fuimos a tomar cervezas al *Buen Tunar*, y anduvimos por el mercado de Coyoacán comprando plantas y cositas para su departamento. ¡Una cátedra de botánica! Aprendí a distinguir la *cáscara de nuez* de los *sapitos* y las *lantanas* o *cinco negritos* de los *malvones* y los *geranios*. Después, fuimos --cada uno en su auto-- a su departamento para dejar las plantas. ¡Se veía tan chistoso dentro de su *vocho* destartado y rodeado por tanta vegetación...!

"Su *cueva* estaba decorada --según me explicó-- estilo provenzal italiano. Pocos muebles, muchos libros. En el centro de la sala se erguía un cacto iluminado por luces de colores verdes y azules que no tenían nada que ver con la decoración provenzal; sin embargo, a él le gustaba muchísimo. Al anochecer, aquello parecía una escenografía teatral en la que uno esperaba que, de un momento a otro, entraran los personajes a la escena para representar algo.

"Escuchamos música de *Bártok* comiendo palomitas de maíz. Hablamos de historia del arte... él. Luego, me proyectó unas diapositivas de Kenya, porque yo no le creía que, de los cinco a los diez años de edad, había vivido con la tribu Masai, estudiada por su madre, antropóloga. Cantó un ritual de caza, y mientras él me explicaba no sé qué de las pinturas que aquella gente se hace en la cara; sin besos y sólo con su

plática, me enamoré de Emilio sin oponer resistencia.

"Al dar la vuelta a la esquina, alcancé a ver los autos de Gabriel estacionados frente a mi casa. Cuando llegué a la reja, Ito se bajó con un ramo de flores y un inmenso globo metálico amarrado, de algún modo, a sus orejas. Sentí pena por él. Se veía tan insignificante. Lo saludé sin bajarme, y me disculpé por no poder atenderlo. Le dije que me sentía cansada y que tendría clases a las siete de la mañana. El contestó que las clases en mi Facultad comenzaban a las ocho. Insistí que era una situación especial. No me creyó; pero tampoco dijo nada.

"Al cerrar la puerta de la casa, la voz del doctor Terrazas me hizo voltear hacia su estudio: '*--No lo engañes. Dile la verdad.*' --Luego, antes de subir las escaleras hacia su recámara, se detuvo un momento frente a mí para decir: '*--¡Qué ridículo! Si yo fuera tu novio, te regalaría una planta.*' --en ese momento recordé que había dejado en el auto el *sapito* que Emilio me dio para mi cuarto.

"Cada vez veía menos a Gabriel y cuando lo hacía, el aburrimiento era insoportable. Me sentía tan tonta con sus juegos. En mayo, comencé el período de exámenes y le dije que sería bueno dejar de vernos por dos semanas.

"Una vez, tuve problemas y pedí ayuda a Emilio para que me explicara la diferencia entre *Realismo* y *Naturalismo*. Otra, él me llamó por teléfono a las diez de la noche para preguntarme si necesitaba algo. Le dije que estaba por terminar unas lecturas para redactar un trabajo que tendría que entregar al día siguiente a primera hora. A las doce de la noche, tocó el timbre de mi puerta. Yo, ojeras espectaculares, ni siquiera había comenzado la primera cuartilla. Mi cerebro, completamente saturado, no era capaz de construir una sola frase. Emilio, entonces, me dijo que me recostara un poco en el sofá y que tratara de dormir mientras él revisaba mis anotaciones.

"Me despertó un olor a maple y los trinos de los pájaros en la enredadera de la ventana. Al abrir los ojos, me topé con Emilio: depositaba una charola con *hot-cakes* y un vaso de leche frente a mí. Salté del sofá hacia la computadora reclamándole el hecho de dejarme dormir toda la noche. Emilio, con su eterna parsimonia, tomó del escritorio unas veinticinco hojas y dándomelas, dijo con un brillo especial en los ojos:

--*Estabas muerta. Ni siquiera oíste la impresora.*

"Mi padre entró al estudio justo en el momento en que Emilio terminaba de darme un bocado. Con la boca llena, traté de explicarle no sé qué; pero el *Doc* --como después y para siempre lo llamaría Emilio-- dijo:

--*Hasta luego, viejo!* --expresión que utiliza sólo para saludar a quienes son de su agrado--. *Te espero en la presentación de mi libro.*

"Antes de salir, mi padre --guiñándome pícaramente un ojo-- agregó en doble sentido indescifrable: '--*Que te diviertas, 'kalón, kakón'.*

"Emilio soltó una risita en complicidad mientras yo no supe qué hacer porque no había entendido nada. Cuando quedamos solos, repitió para sí *kalón, kakón*, y yo pregunté el significado de ello. Me explicó que era la frase con la que los antiguos griegos denominan a la mujer: *Hermoso mal*.

"No tenía tiempo para bañarme, así que di un largo trago a la leche y salimos rumbo a la Universidad. Antes de subirme al *vocho*, me pareció ver a *Tobie* en un auto desconocido. No di mayor importancia al asunto porque Emilio me preguntó si quería pasar a engargolar el trabajo. Dije que sí y me subí al *muégano* entre los bombazos de su escape.

"El futuro politólogo había exentado todas sus materias, así que me ayudaba a estudiar para mis exámenes o revisaba mis trabajos. Pasaba por mí en el *muégano* para que yo tuviera oportunidad de darle la última revisión a mis apuntes, y si había alguna duda, tratábamos de resolverla durante el camino.

"El último viernes de actividades, salíamos riéndonos y contentos cuando, en la entrada de la Facultad, *Juancho* me cerró el paso y dijo: '--*El joven quiere hablar con usted, señorita.*'

"Emilio volteó a ver el edificio de *La Central*, y tranquilamente, dijo: '--*Ve. Yo te espero en la entrada de la biblioteca.*

"Gabriel estaba recargado en su auto, tenía el semblante descompuesto y, por primera vez, lo vi medio despeinado. Me ubiqué junto a él. Por espacio de cinco minutos, no dijimos nada. Después, él se animó y con voz entrecortada dijo: *Creo que se acabó*, a lo que respondí: *Creo que sí*. Entre enojado, lastimado y petulante; continuó:

'--¿Te sientes mejor exhibiéndote en esa lata de sardinas?

'--¡Contigo nunca me exhibí! --dije parándome frente a él dispuesta a defender no supe qué. El tono tendía a subir; pero la educación de ambos nos reprimía. Gabriel, en un arrebatado desesperado, suplicó: *Cásate conmigo*. Yo busque la mejor forma para decirle: *Ya no te quiero, Gabriel*.

"Asintió con la cabeza, subió y dejó caer los hombros en actitud de *ni modo*. Después, me ofreció la mano para despedirse; subió a su auto y arrancó seguido de *su banda*, para quienes, en ese preciso momento -- qué chistoso--, dejé de existir.

"Me detuve para observar a Emilio desde lejos: estaba parado en la escalinata de acceso a la Biblioteca Central, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón. Miraba el cielo. Una rafaguita de viento le acarició los cabellos por la nuca y él movió la cabeza echando el resto de la melena hacia atrás. Así debieron verse --pensé-- los caballeros medievales en espera de su turno en el torneo. Ahí me di cuenta: Emilio no es guapo... es hermoso. Sí. Cuando llegué junto a él, le pedí que se inclinara y tomé la iniciativa para besarnos.

"Me invitó a una exposición, y pasamos el resto del día juntos. Luego, caminamos por las calles cercanas a su departamento. Alrededor de las diez, sentimos frío y subimos a buscar abrigo.

"Estábamos haciendo --yo por primera vez-- el amor, cuando escuchamos un fuerte golpe en la puerta de la entrada al departamento. Emilio, con extrema sutileza, se retiró de mi cuerpo. Sorprendido pero con tranquilidad, salió a ver qué había sucedido. Yo salí detrás de él poniéndome --excitada más que nerviosa-- su chamarra de gamuza que me llegaba a la mitad de los muslos. Al tratar de cerrarla, me di cuenta de que la cremallera estaba rota. No quise perder tiempo en cambiarla.

"En la sala, rodeado por *sus chicos*, estaba Gabriel. Cuando me vio salir, la mirada de odio que dirigía a Emilio se transformó en una profunda tristeza. Tragó saliva, y con voz entrecortada me dijo: *yo te respeté*, a lo que dije sin titubeos: *El también*.

"Ito extendió su mano hacia *Juancho*. Éste, que había entendido la orden, sacó su pistola diciendo: *Yo lo hago, Capi*; pero Gabriel dio una segunda sacudida a su mano en ademán de exigir el arma. Cuando la tuvo en su poder, apuntó con ella a Emilio quien no hizo el menor movimiento. Después de unos segundos de encañonarlo, Ito, con todo el odio del que

era capaz, dijo:

*'--Imagínate que te lo hago a ti.*

"Giró rápidamente la pistola para meter el cañón en su boca y tirar del gatillo antes de que los chicos de su banda pudieran detenerlo. Permaneció de pie todavía unos segundos, para caer luego sobre el cacto del centro de la sala.

"Entre los reflectores, Emilio, completamente desnudo, pletórico de luz azul y junto a mí, tomó sin mirar mi mano en un gesto que buscó protección. En ese instante, nos quedó claro: acabábamos de unirnos para siempre hasta que la muerte venga a tratar de separarnos... otra vez."

## Capítulo 4

### EL BUQUE DE LOS SUEÑOS

En cuanto el reloj rojo anunciaba con sus chongos metálicos que ya eran las tres de la tarde, Fili aventaba el macramé sobre la mesa del comedor y corría a presionar el botón de la alarma en la espalda del mecanismo, y a encender la televisión: *Leee-venan-clas-los-piraaaatas-ElBuquedelosSueños-pronto-pronto-vaa-zar-par-hacialaciudadfantasmadonetodoslosdeseeee-os-sehacenrealidad.*

*--¡Bieeeeeenvenidos a El Buque de los Sueños, mis amigos!*

El Capitán Estribor abarcaba, con su parche en el ojo izquierdo, todo el cinescopio en blanco y negro, y Fili abría los ojos admirando a su héroe, mientras en su boca se dibujaba una sonrisa de la que él mismo no se daba cuenta. El Buque, como telón de fondo, hacía resaltar todavía más la figura del Capitán que, al reírse, mostraba los diamantes incrustados en sus dientes.

*--¿Listos para zarpar? --preguntaba El Capitán.*

----respondían los niños dentro de la televisión, y Fili daba saltitos aplaudiendo el inicio del programa. Acto seguido, El Capitán presentaba a los :

*--Hoy se hacen a la mar con nosotros, Julio Cueto, Cristina Ferlosio, Trini Cabello, César Olvera y Quiqueeeeeee Patiñoooo!*

Y el Capitán Estribor explicó, aquella tarde, que Julio Cueto tenía el *valor de un bucanero* porque cuidaba a su hermanito cuando sus papás salían a trabajar, que Cristina había sido la alumna más destacada de su Estado, mientras que, Trini había devuelto a su dueño un portafolios con cincuenta mil pesos, y César y Quique habían ayudado a una ancianita a recuperar las llaves que había dejado pegadas en el arranque de su auto.

*'--¡Y se hacen a la mar para que la Princesa Felicidad les regaleeeeeee a cada unooooo...!*

*'--¡Una bicicleta!*

Fili conocía a la perfección la mecánica de *El Buque de los Sueños*: Los espectros de Ciudad Fantasma secuestraban en cada programa a la Princesa Felicidad, quien otorgaba a los niños lo que ellos deseaban. El

Capitán Estribor, junto con sus *bucaneros*, iban a rescatarla; al final del programa, los espectros volvían a secuestrar a la Princesa; pero ya, al menos cinco o seis niños, habían logrado hacer realidad sus sueños.

Al cuarto para las cuatro, Mano-Troncha destapaba el mensaje de la botella y leía los nombres de los niños que estaban invitados a navegar con El Capitán Estribor la semana siguiente a la que habían sido nombrados. Luego, Pata de Palo subía al mástil para señalar la vela desplegada donde estaba escrita la dirección a la que los niños podían dirigir sus cartas para asistir al programa y navegar con El Capitán Estribor.

*--En El Buque de los Sueños sólo viajan los niños que se portaban bien. ¡Envíanos tu carta, cuéntanos tu historia yyyyyyyy...! ¡Jop, jop, jop, jop...!*

*--Cru-za-la-marconElCaa-pi-tánEs-tribooooor.*

Al terminar el programa, Fili corría a buscar un pedazo de papel para escribir otra carta:

*Soi Fili bibo con mi mama ques mesera yo ayudo a mi mama cuando bendo las cosas de macramé que ago y tambien ago las camas y trapeo cuando mi mama yega me pongo mui contento i me gusta el capitan estibor porques muy gueno con los ninos yo no quiero bicicletas ni patines ni nada yo nomas quiero nabega con el capitan i regalale un pedico que le falta i que benga a comer a mi casa.*

Luego, Fili sacaba la caja de los sobres, metía el papel en uno de ellos y escribía con su mejor letra:

*Capitan estibor calle del bosque 480 residencial del sisne mexico df cp00900*

De los quinientos sobres que había comprado, ya sólo quedaban veinticinco. La carta era depositada con sumo cuidado sobre *la cama de mamá*, junto con el importe correspondiente a las estampillas.

Juan Serapio, el asistente de producción de *El Buque de los Sueños* recibió --en un mismo día-- las cuatrocientas setenta y cinco cartas de Fili. Abrió y leyó veinte. Todas decían exactamente lo mismo. El equipo de producción decidió que un niño tan tenaz debía de ser invitado de inmediato. Por eso, el martes siguiente, cuando Fili ya estaba preparado para apagar la televisión, se quedó petrificado por treinta minutos más, luego que Mano-Troncha mencionó su nombre y El Capitán Estribor dijo:

*Te espero la semana próxima a ti solito, Fili... Te espero la semana próxima a ti solito, Fili... Te espero la semana próxima a ti solito, Fili.* La frase rebotó una y otra vez en la cabeza de Fili.

--Mmmamma El Capitán Eztibol me invitó a navegá.

--Come la avena --dijo Rosa sin dar importancia a las palabras de Fili-- Ésta es la última carta que te llevo al correo. No puedes seguir gastando en esas cosas.

Fili se retorció sobre la silla, rió contento dejando ver --en todo su esplendor-- el bolo alimenticio y repitió: --El Capitán Eztibol me invitó a navegá.

El jueves, a las seis de la tarde, tocaron a la puerta metálica. Fili se ajustó los lentes y continuó trabajando el macramé, al tiempo que veía con la boca abierta más allá --sobre la cabeza de su madre-- al hombre que se alejaba esquivando las sábanas y los calzones tendidos en el patio de la vecindad.

A las diez de la mañana del martes, Rosa y Fili llegaron a las instalaciones de Tele-Creación. Enseñaron las identificaciones y el catalejo que les había dado el hombre que había estado a visitarlos; pero cuando llegaron al Estudio A, Juan Serapio dejó caer la mandíbula inferior:

--¿Tú eres Fili?

El hombre parado junto a Rosa sonrió de manera estúpida y agitó el catalejo en señal de contento. *No, no. Este programa es para niños.* Pensó Juan Serapio, y Rosa presintió que algo iba a estar mal.

--¡Mateo! --gritó el asistente de producción.

--Está en el *master*, señor --contestó uno de los técnicos.

--¡Chhh! ¡Me cago en mi madre! ¡Llámalo!

Mientras Juan Serapio realizaba una revisión visual de los niños que estaban sentados entre el público, a fin de encontrar los que pudieran sacar adelante la grabación del programa, Fili no cabía en su asombro al ver de frente aquel buque con sus filos dorados y su ancla brillante colgada a un lado. *¿Cómo habían metido ese barcote en el edificio?* El perico estaba inquieto dentro de su jaula y Fili intentó calmarlo dándole semillas de girasol y diciéndole palabras dulces. --*¡Capitán Estribooor!* --

dijo el perico en respuesta a los mimos de Fili.

--Disculpe, señora... --Juan Serapio carraspeó buscando las palabras adecuadas para no ofender a nadie-- El programa es sólo para niños y...

--iMmmamma, mmmamma! --interrumpió Fili.

En ese momento, El Capitán Estribor había entrado al Estudio. En persona era todavía más impresionante: su chaqueta de paño rojo iluminaba todo el galerón, y su parche negro tapaba una feroz cicatriz que iba de la frente a la mejilla izquierda pasando sobre el ojo.

--¿Qué pasó, Juan? --preguntó Mateo jadeante por la carrera.

--Éste es Fili... ¿Qué no lo viste antes, güey?

--i...!

Chancleteando y con la jaula del perico en una mano, Fili se apartó del grupo para acercarse al Capitán Estribor con la imprudencia que todo ser inocente y honesto comete.

--iCapitán Ezzztibol! ¡Soy Fili!

Rosa vio con dolor la patética imagen de su hijo que extendía la mano hacia el hombre disfrazado, quien lo miraba con asco sin contestar el saludo.

--iMia, mia! ¿Ete peico et pada ti!

El actor no daba crédito a lo que estaba sucediendo y, en el colmo de su molestia, apartó de un empujón a Fili quien perdió el equilibrio y fue a estrellarse contra un panel que se rompió en dos pedazos.

--¿Qué carajos te pasa, Altamira?! --Juan Serapio, prácticamente, voló hasta el lugar en donde había caído el invitado --aplastando con su peso al perico dentro de su jaula-- para ayudarlo a incorporarse.

--¿Qué les pasa a ustedes? Yo trabajo con niños, no con idiotas --el actor abandonó el estudio quitándose el parche del ojo izquierdo. Fili pudo percatarse de que El Capitán tenía un ojo completamente sano.

Los técnicos y uno que otro bucanero miraron al hombre que, como un niño pequeño, abrazaba el cadáver del perico y limpiaba sus ojos en el doblez de un brazo.

Rosa tampoco supo qué hacer. Le habían dicho que lo dejara resolver sus problemas, por más difíciles que fueran. Y él se había buscado, solo,

aquel problema.

Fili tenía la capacidad de olvidar --en cuestión de segundos-- las ofensas recibidas, por eso, cuando vio entrar a la Princesa Felicidad entre las gasas vaporosas de su vestido rosa y azul pastel, olvidó al perico muerto y corrió a abrazarla gritando desaforadamente: *¡Bonita, Bonita!* Laura Garavini comenzó a gritar histérica al descubrir la cabeza inerte del perico recargada sobre la pechera de su precioso vestido. Fili la abrazaba con fuerza, porque quería decirle que El Capitán Estribor había sido malo, que era un mentiroso, que no estaba tuerto, que lo había aventado y por eso el perico se había muerto; pero Laura Garavini no entendió la enorme tristeza de Fili y comenzó a gritar: *¡Seguridad. Seguridad!*

Fili y su madre fueron conducidos a una de las oficinas de producción, en tanto el equipo tuvo una junta para llegar a un acuerdo respecto a lo que debían de hacer. Decidieron que Fili --aunque por error-- había sido invitado, y ellos tendrían que cumplir con el compromiso. Bajo amenaza de perder su trabajo, Altamira tuvo que aceptar la grabación de aquel programa *especial*.

Al regresar al Estudio A, Fili fue conducido a la supuesta cubierta del buque... No era más que una plataforma elevada y escondida tras dos paneles decorados para dar la impresión de la proa de la nave. Fili quiso salir corriendo de ahí.

--¡Cinco, cuatro, tres, ..., ...!

Al dar la vuelta para irse, El Capitán Estribor le cerró el paso y tomándolo por los hombros, en un movimiento brusco, lo obligó a dar la cara a las cámaras. La voz sonó muy lejana para Fili. *¿Listos para zarpar?* Fili pensó que había dejado en la mesa del comedor tres labores de macramé que le habían pagado por adelantado. *¡Síííí!*

El Capitán Estribor presentó a Fili en calidad de invitado *especial*, porque Tele-Creación, la empresa de televisión más grande del país, también estaba preocupada por la situación de la gente *especial*.

El Capitán abrazó *afectuosamente* al invitado y Fili se apartó de él con un gesto de molestia. El programa siguió su marcha: El Capitán y sus bucaneros rescataron a la Princesa Felicidad; pero Fili no blandió, ni una vez, la espada que uno de los piratas le había colocado en la mano. Tampoco aceptó los regalos que la Princesa le ofreció con una espléndida sonrisa, ni le importó que los espectros de Ciudad Fantasma volvieran a raptar a la Princesa Felicidad.

Al termino del programa, El Capitán Estribor ofreció su mano a Fili para despedirlo; pero éste no contestó el saludo y quedó frente a todos como un perfecto imbécil que no era capaz siquiera de agradecer todas las cortesías que El Capitán, la Pricesa y los bucaneros habían tenido para él.

Al día siguiente --día de asueto para Rosa-- dieron las tres de la tarde, pero el reloj no sonó. Rosa preguntó a Fili si no iba a ver *El Buque de los Sueños*. Él no contestó. Mientras seguía trabajando el macramé, pensó que Dios lo había traicionado al crearlo defectuoso; que su padre lo había traicionado al abandonarlo por no ser normal; que El Capitán Estribor, *el bondadoso*, no era más que un hombre común, disfrazado, que engañaba a los niños... y pensó también que, en este mundo, más vale no creer en nada más allá del macramé que uno teje entre sus manos.

\*Cualquier parecido con el nombre de la empresa de televisión, es mera coincidencia.

## Capítulo 5

### LA PIADOSÍSIMA HERMANA BENIGNA

*Para mi madre.*

"Yo quise ser monja. Cuando se lo conté a mi padre, se levantó, azotó la servilleta contra la mesa y dijo: *¡Nada más eso me faltaba! ¡Prefiero verte con la cara pintarrajeada y en la casa de Graciela Olmos que vestida de pingüino! ¡En mi casa no quiero beatas! ¿Me oíste? ¡No-quie-ro-bea-tas! ¡Así que ya lo sabes: si quieres ser Esposa del Señor! ¡Te vas!*

"Estuve a punto de contestarle que para ser monja, efectivamente, tendría que irme de su casa; pero recordé que las aspirantes deben entregar una dote a la congregación... Mi boca quedó sellada hasta encontrar el momento propicio para convencer a mi padre de mi vocación religiosa... Jamás volvimos a hablar del tema.

"Años después, cuando terminé la secundaria, mi padre me preguntó, a mitad de una comida, si ya había decidido lo que habría de estudiar para ganarme la vida. Recordé la escena de mi confesión vocacional y metiéndome un pedazo de pan en la boca para darme tiempo a pensar algo rápidamente, busqué complicidad en mi madre quien, por su parte, jamás estuvo tan interesada en enredar los *spaghetti* en el tenedor.

"Lo más parecido que encontré a la vida monástica fue la enfermería y no tardé en hacérselo saber a mi padre:

'--Quiero ser enfermera --Él se quedó unos segundos con el tenedor dentro de la boca. Luego lo sacó, mascó algunas veces y después de acomodarse el bolo alimenticio bajo un cachete, preguntó picando la comida de su plato:

'--¿Crees tener hígado para ver chorros de sangre, esputos, orines, heces fecales, nalgas al aire, desvelarte contando gotas de suero y...

'--Sí, papá, sí --me apresuré a contestar antes de que me abriera los ojos y yo abandonara mi vocación recién descubierta.

"Concebí un plan: Percibiría dinero con mi propio trabajo y ahorraría para mi dote. Al mismo tiempo, trabajaría mi humildad cuidando enfermos y renunciando a la vida regalada que había llevado hasta entonces. Posteriormente, tomaría los hábitos de religiosa.

"Al concluir mis estudios de enfermería en mil novecientos cuarenta y siete con excelentes calificaciones... no sé cómo porque nunca tuve verdadera vocación de enfermera; la escuela me ofreció trabajo en el Sanatorio San Bernardo, el más importante de la ciudad por aquel entonces. Me entusiasmó la idea por dos razones: primero, era el único nosocomio en el que había religiosas; por otro, San Bernardo contaba con las áreas de maternidad, terapia intensiva y pabellón para enfermos mentales, departamento este último que despertaba en mí gran interés. Acepté la oferta.

"El primer día me condujeron a la estación de enfermeras en donde esperé casi una hora, hasta que apareció una mujer pequeña, regordeta, blanca de piel. Caminaba con lentitud pero sin pereza. Sus manos siempre juntas en actitud de oración y sus ojos entrecerrados --que no miraba nunca a nadie-- despertaban en quienes la veíamos el deseo de lograr su estado de ecuanimidad.

*'--Tú debes ser Teresita Andrade, ¿verdad?*

'Sí, madre --respondí con el mismo tono de elevación utilizado por mi interlocutora.

*'--Madre sólo la de Dios y la que te trajo al mundo, hija. Llámame hermana Benigna que es el nombre que Dios tuvo a bien darme en la vida espiritual.*

"Estuve a punto de caer de rodillas para besar su hábito y sus manos. Ella lo presintió, y rodeando con su brazo mi cintura comenzó a caminar, obligándome a hacer lo mismo:

*'--Ven. ven. Voy a enseñarte las instalaciones y a presentarte a tus compañeras y a las otras hermanas y a los médicos a los que asistirás y ¡ah, en fin...! Tienes mucho por conocer el día de hoy, criatura.*

"Nunca me sentí tan cerca del cielo y de los ángeles como el día que conocí a sor Benigna. Mi vocación de monja tomó nuevos bríos y sólo quería estar junto a la religiosa. Aprender de ella todo lo que me fuera posible.

"Por supuesto, jamás mencioné a mi padre nada acerca de la presencia de religiosas en San Bernardo. Él, que habría sido capaz de apostar su mano a las brasas, seguro de que yo abandonaría la profesión al enfrentarme al primer caso práctico, no entendía ni daba crédito a mi excelente humor desde que trabajaba en el sanatorio. Una vez me preguntó *qué demonios* hacía con el dinero que ganaba, porque jamás me había visto comprar algo. Le dije que estaba ahorrando para comprarme

un auto.

'--*Eso, yo puedo dártelo* --contestó sin miramientos--. *El sábado vamos a que lo escojas.*

"Había llegado el momento de notificar a mis padres mi decisión de pertenecer a la congregación de las hermanas devotas de San Bernardo. Decidí hacerlo durante el desayuno, al día siguiente, antes de salir hacia la agencia y hacer gastar a mi padre; sin embargo, el lunes por la mañana ocurrió en el sanatorio algo que, primero, retrazó mi notificación a mis padres, y meses después, lo anuló por completo cambiando mi vida para siempre:

"A las diez de la mañana, sor Benigna entró, cosa rara, con paso acelerado a la estación de enfermeras:

'--*iNiña, niña! Tenemos un caso especialísimo. Arréglate la cofia, componte el uniforme y sígueme.*

"Frente a la puerta principal del sanatorio, un *Mercedes* guinda esperaba con tres personas en su interior. Al vernos llegar, el chofer bajó del auto y se apresuró a abrir la puerta trasera que daba hacia nosotras. En seguida, un hombre maduro y muy elegante tomó su tiempo -- cuidando no perder el estilo-- para apearse del vehículo.

'--*Hermana Benigna. ¿Cómo está usted?* --dijo éste ignorándome por completo y sin dar la mano a la monja.

'--*iSeñor Cunqueiro!* --respondió la hermana como si saludara al sumo pontífice.

"En el interior del auto, una mujer de alta esfera, acurrucada en una bata elegantísima, miraba temerosa y desconfiada hacia todos lados.

'--*Pues... Aquí la tiene, hermana* --volvió a decir el hombre colocándose en un ángulo que facilitaba el descenso de la mujer. Aunque ésta se mostró terriblemente atemorizada cuando su --esposo, supongo-- metió medio torso al auto para ayudarla a bajar, no hubo escenas desagradables.

"Al apearse, pude ver a la mujer en todo su esplendor: alta, muy bella. Se parecía a esa actriz de cine... Greta Garbo.

'--*Vaya usted sin preocupaciones, señor Cunqueiro. La señora quedará muy bien con nosotros.* --dijo la hermana tomando amorosamente del brazo a la impresionante rubia.

*'--Por favor, no escatime en gastos. Ya usted sabe dónde localizarme, aunque no habrá necesidad de que me molesten puesto que no pienso ser negligente con las cuotas referentes a la estancia de la señora. Hago, además, entrega de esta cuenta bancaria en la que usted tiene poder absoluto, hermana, a fin de que no le falte nada... a la señora, claro está.*

*'--Sí, sí. Por supuesto, señor Cunqueiro... Yyyy... ¿Cuándo vendrá a visitarla?*

*'--... Jmm... Her-ma-na. Soy un hombre muy ocupado. Vendré a verla... cuando venga.*

*'--Sí, sí. Por supuesto, señor Cunqueiro. Disculpe mi atrevimiento por favor.*

*'--Queda disculpado y espero que no vuelva a repetirse, sor Benigna. Buenos días. --Y el hombré abordó el auto sin voltear a ver al trío que quedaba en la acera.*

"Sor Benigna ordenó que la señora Cunqueiro quedara instalada en la última habitación del tercer piso, mismo que difícilmente era utilizado. Por lo regular, permanecía vacío, salvo en las ocasiones en las que la población de enfermos rebasaba los límites normales.

"La habitación era pequeña; pero confortable. Tenía una preciosa vista hacia el jardín, paseo para los enfermos convalecientes, y más allá, el pabellón de enfermos mentales cerraba la vista hacia el resto de la ciudad.

"Por orden de la hermana, puse sábanas y cobertores completamente nuevos. Pedí a la afanadora que revisara el higiénico y los jabones en el baño y que colocara toallas nuevas también. Después, sor Benigna me dio papel y lápiz y comenzó a dictarme una lista de artículos: *cepillos para dientes y pastas dentífricas, cepillos y peines para cabello, cremas suavizantes, un perfume 'Blue Grass', una caja grande de chocolates 'Lady Baltimore', jabones de tocador* y --algo que me pareció rarísimo-- *cuatro paquetes de medias color blanco*. --difíciles de conseguir a causa de la escasez mundial, producto de la posguerra.

"Al terminar la lista, sor Benigna sacó de entre sus ropas un envoltorio. Me dio la espalda y después volvió a quedar frente a mí extendiéndome unos billetes:

*'--Quinientos pesos serán suficientes. Pide nota y cuida bien el cambio. Es difícil que se me tome el pelo.*

"Advertí en ella un cambio no sólo de tono sino de personalidad. Me pareció agresiva. Tal vez esa fue la razón por la que contesté sin pensar:

'--Hermana. Las compras no son actividades que corresponden a mis funciones de enfermera.

'--*iTe he dicho que éste es un caso especial! Así que si no eres capaz de cumplir con lo que amerite, dímelo, que ya encontraré yo quien cumpla mis órdenes.*

"Pude ver --cosa increíble-- odio en su expresión y estuve a punto de decirle que no aceptaba; pero mis ojos toparon con los de la señora Cunqueiro quien me miraba pidiéndome, sin hablar, que no renunciara a la misión que se me había encomendado.

'--... ¿Dónde le parece bien que vaya a comprar esto, hermana? -- pregunté sin convicción y tratando de utilizar un tono tranquilo.

'--*En el almacén El Turco encontrarás todo. Toma el dinero. No te olvides de pedir nota y mucho cuidado con el cambio.*

"Comencé a tener mis sospechas respecto a la auténtica bondad de la hermana Benigna, mismas que se confirmaron cuando, antes de salir para realizar las compras, la hermana se acercó a la señora. Tomó su mano y dijo:

'--*Mmm. Es un bonito anillo. Lo guardaremos para que no se pierda --* La interna cerró el puño a fin de evitar que la monja la despojara de la sortija; sin embargo, ésta ejerció presión en algún punto estratégico al tiempo que decía--: La monja ganó. Después, trató de sacar la mano que la enferma guardaba en el bolsillo de su bata; pero no pudo--. *Muy bien --* dijo la religiosa en tono amenazador-- *Ya habrá oportunidad de guardar lo demás.*

"La hermana se dio cuenta de que yo estaba parada junto a la puerta del baño y de que había presenciado la escena.

'--*iQué haces ahí! iVete, vete, vete! iEl encargo era para ayer!*

"A mi regreso, busqué a la hermana en la estación de enfermeras. La monja dejaba instrucciones al nuevo turno antes de retirarse a tomar un descanso. Al verme entrar, botó la pluma sobre el escritorio y en un tono codicioso preguntó:

,

'--Sí --respondí secamente.

'--Sí, ¿qué?

'--Sí, hermana.

'--Sí, hermana, ¿qué?

'--Sí, hermana benigna --dije con los dientes apretados. Sor Benigna se acercó a mí arrebatándome el paquete de las compras y comenzó a seleccionar. Al terminar, ordenó señalándome una de dos pilas:

'--Lleva eso a la señora Cunqueiro.

"Eso hacía referencia a los cepillos de dientes, a las pastas dentífricas y a los cepillos y peines para cabello. Me quedé parada esperando que la hermana me entregara lo demás.

'--¿No me oíste?

'--Es que... falta lo demás --me aventuré a decir.

'--Lo demás no es asunto tuyo, niña. Ve a dejar lo que se te ha ordenado --dijo tronando los dedos.

"Cuando terminé de arreglar los cepillos de la señora, noté que ésta me miraba con simpatía.

,

'--Teresa Andrade, señora...

'--¿Sabes guardar un secreto, Teresa? --preguntó con ingenuidad.

'--No sé. Creo que sí. --Respondí con la mejor disposición para ayudarla.

'--... Yo estoy segura que sí. Se te ve en la cara. --del bolsillo en el que guardaba celosamente su mano, sacó una pequeña ánfora forrada en piel de la que bebió un trago largo. Yo no supe qué hacer. Después de varios minutos en los que permanecimos mirándonos, me atreví a decir:

'--Yo puedo guardar el secreto; pero no creo que su aliento sea prudente. --Ella guardó su ánfora y se quedó pensativa.

"Al día siguiente, me encontré con una nota. El doctor Pérez Ruiz me

esperaba en su despacho.

'--Buenos días --dije con voz temblorosa al entrar en el consultorio. Estaba segura de que me llamaría la atención y me sancionaría por el suceso del ánfora de la enferma especial y mi excesiva discreción.

'--*Buenos días --dijo el médico de cara hacia la ventana-- Siéntese, por favor. Como usted sabe, ayer ingresó a este sanatorio la señora de Cunqueiro.*

'--Sí doctor --contesté yo con la misma voz temblorosa.

'--*Y tal vez sepa, también, que el señor Cunqueiro es un importante industrial tanto en nuestro país como en el extranjero, razón por la que debemos ser muy discretos con el caso de la señora Cunqueiro. A grandes rasgos, la pondré al tanto...*

"Me contó que la señora, como consecuencia de su vida social y por inducción de su propio marido, sufría un alto grado de adicción al alcohol así como a otros psicotrópicos. El señor Cunqueiro había perdido todo control sobre la situación, motivo por el que la señora fue internada en San Bernardo.

"Seguirían proporcionándole paliativos a la enferma, dado que la adicción no podía ser retirada de forma tajante. Se me pidió tratar de ser comprensiva y amorosa, puesto que ese tipo de enfermos necesitan demasiado afecto. Para el doctor Pérez Ruiz con la bondad y el amor de la hermana Benigna era suficiente; pero no estaría de más nuestras aportaciones al respecto.

'--*Eso es todo, señorita. Cualquier duda pregúnteme por favor. Éste es un caso, realmente, delicado.*

'--Sí, doctor. Buenos días. Con permiso.

"Al salir, la hermana Benigna me esperaba junto a la puerta. Me abordó en seguida:

'--*¿Qué te dijo el doctor?*

'--Nada, hermana. Sólo quería saber algunas cosas acerca de mi instrucción escolar. Perdóneme, sor Benigna. Tengo que revisar el suero del señor Jiménez.

"Pude sentir en mis espaldas la mirada fulminante de la monja; pero no dijo nada. Yo supe, en ese momento, que mi vocación de religiosa

había comenzado a resquebrajarse.

"Una semana después, me encontraba entregando el reporte de los enfermos cuando, del último cuarto del tercer piso, la hermana Benigna salió abofeteando --no entiendo cómo, si tomamos en cuenta la estatura de la monja-- a la esposa del importantísimo industrial y llamando a gritos a Guadalupe, mozo del sanatorio. Al pasar junto a mí, la beata comenzó a gritarme: *irresponsable, inepta, cómplice del Demonio*; fueron sólo tres de los adjetivos que sor Benigna me imputó con tono despreciativo.

"La monja se había enterado de que la señora Cunqueiro guardaba, celosamente, en el bolsillo de su bata un ánfora para licor. Por supuesto, el doctor Pérez Ruiz quedó descartado como abastecedor del líquido y sólo Guadalupe y yo éramos los únicos sospechosos. El mozo aceptó su culpa y fue obligado a presentar su renuncia.

"Los cuidados sobre la enferma se redoblaron y yo fui destituida del cargo como su enfermera especial.

"A medida que los meses fueron pasando, la señora Cunqueiro comenzó a mostrarse nerviosa y agresiva. En tanto, sor Benigna, segura de que el empresario no volvería por San Bernardo, comenzó a dejar de tener concesiones para con la interna y poco a poco, ésta fue deteriorándose, al grado de no poseer ni siquiera un cepillo para peinarse, si no se lo proporcionábamos a escondidas alguna de las enfermeras. Cada vez que podía, me deslizaba a su habitación para dejarle pasta y cepillos para dientes; pero aun con todo eso, la señora comenzó a perder piezas de la dentadura.

"Mi odio por la hermana Benigna era enenarrable.

"Una tarde, me encontraba limpiando instrumental quirúrgico cuando la señora Cunqueiro entró corriendo a la sala de exploraciones:

*'--¡Teresita! ¡Teresita! Necesito beber algo, ¡Por favor!*

"Sin darme tiempo para detenerla, la señora Cunqueiro tomó la charola en la que estaba el instrumental hundido en el alcohol y la bebió hasta el fondo chorreándose la pechera y tirando las pinzas al suelo. El ardor estomacal no se hizo esperar. Busqué algo qué darle a fin de protegerla de la irritación. No tenía sino una taza de atole que uno de los niños internos había dejado por ahí y se lo di a beber. En ese momento, la hermana Benigna entró en la sala, y pescando de los cabellos a la señora la obligó a caminar. Ésta trastabilló y cayó hasta el piso. La monja siguió su marcha y a la manera como dicen que los cavernícolas se llevaban a la mujer que les gustaba a su caverna, la religiosa sacó a la interna de la sala para encerrarla en una bartolina de castigo en el pabellón para

enfermos mentales.

"Antes de irme a casa, fui a hablar con la monja:

'--*¿Qué quieres?* --me preguntó secamente al ver que me detenía en la entrada de la estación para observarla.

'--...La señora Cunqueiro tiene miedo a la oscuridad. Las bartolinas están oscuras completamente.

'--*No te preocupes por lo que no es de tu incumbencia. Además... le dejé una vela y fósforos. Si es inteligente, los encontrará y no dudo que les dé uso.*

"Los días siguientes fueron de descanso para mí, de manera que me presenté a San Bernardo tres días después del suceso. A media mañana, mientras preparaba unas torundas, Estela Romo, mi compañera de turno, se acercó a mí y observó por mucho tiempo cómo hacía mi tarea, hasta que, finalmente, habló:

'--*La señora Cunqueiro murió ayer... Calcinada... Ayer mismo la sepultaron por la tarde. No quieren que se divulgue nada. Los familiares estuvieron de acuerdo en que el cuerpo fuera enterrado en el jardín. San Bernardo cambiará de nombre. Será FUNDACIÓN CUNQUEIRO*

"Estela salió de la estación de enfermeras. Yo seguí preparando torundas limpiándome, de tiempo en tiempo, la nariz y los ojos. Cuando sor Benigna me vio, dijo con misericordia fingida: '--*iA todos nos ha dolido mucho, hijita! A todos. Dios sabe por qué hace las coas y ÉL nunca se equivoca. La señora Cunqueiro era un Ángel escapado del reino de Nuestro Señor.*

"Al terminar mi tarea, busqué papel y pedí que me prestaran una máquina de escribir. Dos horas antes de mi salida, entregué mi renuncia con carácter de *irrevocable*.

Dieciocho meses después, me casé con el doctor Armando Castillo, un hombre ético y muy cabal quien, por cierto, también detesta no sólo a las monjas sino a todo el clero. Hoy, somos un matrimonio estable y...podría decirse que... hasta feliz."



## Capítulo 6

### LA LLAVE MAESTRA

Para quienes lo conocen, Mauricio brilla, resplandece como un semidiós, seguro de sí mismo como el que guarda un secreto dentro del bolsillo.

Sebastián, al verlo, se convencía, cada vez más, de que a Mauricio no le faltaba mucho para alcanzar la realización final: no sólo la autarquía. Lograría la fusión completa con el Universo. Por eso, Sebastián comenzó -consciente de su mal proceder-- a seguir a su *héroe* a hurtadillas. Lo acechaba aun en la intimidad de su vida cotidiana, con el único fin de aprender de él.

Conocido el domicilio de Mauricio, Sebastián se descolgó una noche, dispuesto a *fisgar* las prácticas nocturnas del Gran Maestro.

El edificio era sencillo. ¡Qué prueba de austeridad! Al llegar al ciento siete, se topó con una mujer de aspecto muy humilde que esperaba sentada en el piso, junto a la puerta del departamento, seguramente para pedir algún consejo a Mauricio.

--Buenas noches --dijo Sebastián deteniéndose fracciones de segundos, para luego fingir que seguía su camino hacia el segundo piso. Ella no contestó. Él, al pasar, alcanzó a ver un hematoma alrededor del ojo derecho de la mujer.

En el piso superior, Sebastián encontró un ángulo desde el que podía seguir oculto y contemplar, al mismo tiempo, todo lo que ocurría en el piso de abajo.

Pasaron dos horas. Mauricio --como siempre-- radiante; pero, al ver a la mujer, su cara se transformó con una expresión agresiva.

--¿Qué demonios haces aquí?! --preguntó abalanzándose sobre ella para abofetearla-- ¡Te dije que no quería volver a verte!

La mujer perdió el equilibrio y cuando estuvo tendida sobre el suelo, Mauricio le propinó tal puntapié que la dejó inconsciente. Luego, sin ningún miramiento, entro a su casa.

Pasaron treinta minutos durante los que no hubo movimiento en el edificio. Después, uno de los vecinos abrió la puerta.

--Otra vez esa mujer --dijo.

--Vamos a ayudarla, Ernesto --pidió una voz femenina-- qué tal si está agonizando.

--¿O qué tal si ya la mató? No, no --contestó el hombre--, no es asunto nuestro.

Cerraron la puerta. Sebastián se arriesgó: la mujer apenas respiraba. La hemorragia nasal le obstruía los orificios e inundaba buena parte de la boca. Él la ayudó a levantarse --cuando volvió en sí-- tratando de no lastimarla. Ya en la calle, detuvo tres taxis: los dos primeros se negaron a llevarlos y el tercero, después de diez minutos de negociar, aceptó transportarlos.

En el Hospital General, Sebastián dijo que había encontrado a la mujer en la calle, que había alcanzado a ver cómo un hombre la había golpeado y que a él le parecía que se trataba de un asalto, pese a que el ladrón no había podido despojarla de nada.

Proporcionó sus datos personales y cuando estuvo seguro de que la mujer había quedado bien instalada y que se recuperaría relativamente pronto, se retiró a descansar.

Al día siguiente, al llegar al templo de meditación, encontró a Mauricio, como siempre, rodeado de adolescentes y de señoras encopetadas que escuchaban las experiencias que el maestro había tenido en su sendero espiritual:

--Y es que el amor --decía Mauricio entornando los ojos--, el amor es la llave maestra que abre todas las puertas.

Sebastián dio media vuelta y se fue al baño a vomitar. Inexplicablemente, aquella mañana, el jugo de tomate le había hecho un grave daño intestinal.

## Capítulo 7

### DUELO

"Abrí las cortinas porque quise que el sol de las nueve de la mañana entrara con todo su esplendor. *Las notas del Concierto para dos pianos y orquesta en mi bemol* de Mozart, hijo, inundaron mi ser de una paz infinita. Lo supe porque, después de dieciocho años, pude llenar mis pulmones, plenamente de un aire puro, no infestado de tensiones enfermizas.

"Ayer, se sorprendieron de no verme derramar ni una lágrima. Algunos dijeron que mi pesar era tan hondo que no podía expresarlo. Fue mejor así. Sé que no lo entenderán: mi duelo comenzó hoy, *Mi duelo*.

"Ayer, enterré, junto con ese cuerpo triturado por los fierros retorcidos de un auto de mujer --que no era el mío--, a la Eloísa frágil, quebradiza, la que se derrumba frente a una mirada escrutadora. La que se deshacía en llanto por un grito neurótico o autoritario.

"Llamaron a la puerta. Abrí aún en camisón Era ella. Noté, cuando entró, el disgusto que le causó la música.

'--Era su concierto favorito --mentí para tranquilizarla.

"Tuve éxito. Me miró con gran ternura pasando su mano por mis cabellos desaliñados. Comencé a llorar como nunca antes lo había hecho, ni siquiera en aquellas ocasiones en las que creí que no podría seguir viviendo con su engendro. Ella me abrazó buscando, más que el mío, su consuelo. Y yo, abrazándola también, hundí mi cara entre el hueco tibio de su cuello. No tuve valor para mirarla de frente. Tuve miedo de que descubriera que mi llanto era de alegría y no de dolor. Alegría porque su hijo está muerto mientras yo estoy viva, viva, ¡VIVA!"

## Capítulo 8

### EL TESTIMONIO

"Sí. Es cierto. Discutieron acaloradamente. Nada nuevo. En todo caso, el tiempo de discusión: fue más largo.

"Sí, sí. Es verdad lo que dijo don Samuel: reñían por todo. Cuando no uno, era el otro quien iniciaba. Siempre, siempre. A cada momento tenían altercados por tonterías; pero se amaban, señor. Eso nadie puede negarlo. Ni siquiera don Samuel. Convivió mucho con nosotros. Decía que eran inseparables. Que al faltar uno de los dos, el otro moriría sin remedio.

"Doña Ignacia no mintió al contar lo del cumpleaños de Jovita. Es verdad que, aquella ocasión, Rubén perdió la calma; pero también nos pareció lógico porque, verá usted:

"Nadie pone en tela de juicio la extraordinaria maternidad que Jovita ejerció durante toda su vida en torno a su único hijo, producto de --como ella decía-- *un engaño*. Engaño que --seamos sinceros-- tramó ella con ayuda de su madre para atrapar al pobre menor de edad, Juan Agapito, quien logró huir de la solterona y de la alcahueta de la madre que, después de emborracharlo y encerrarlo toda una noche en el cuarto de la señorita honorable; se dedicaron a decir por todo San Mateo que ya *merito* Jovita se iba a casar, porque Juan *Pito* estaba ansioso por tener un *pitito*.

"Todo esto lo sé porque Jovita lo contó una tarde, creyendo que estaban solas, a doña Celia que no veía la hora de casar a su sobrina Clara.

"Y ya le digo a usted: el *don Juan* se fue del pueblo y después de siete meses -Rubén fue prematuro-- Jovita arrulló y vio crecer un rencor que se fortaleció día a día y año tras año.

"Cuando su madre murió, allá por mil novecientos setenta y cuatro, Jovita decidió mudarse con su vástago a la Ciudad de México. Mataba así dos pájaros: por un lado, alejaba de *Rubencito* --quien a la sazón contaba treinta y tres años-- a una *suripanta pueblerina* que quería comer pichón con *su niño*; por el otro, revivía bajo del seno izquierdo la ya marchita esperanza de encontrar a Juan *Pito* quien --según le habían contado-- trabajaba como velador en una pensión de autos.

"A regañadientes, Rubén siguió a su madre movido por sus manejos melodramáticos: que si había pasado noches enteras cuidando que no le subiera la fiebre; que si cuando las viruelas no se movió un milímetro para que no le quedaran, al rascarse durante su ausencia, cicatrices; que si los sacrificios para enviarlo al colegio privado, instrucción que llegó hasta nivel de secundaria porque la única preparatoria particular que había en San Mateo era mixta y *los hijos se echan a perder donde hay faldas*. Por eso, Rubén se quedó en casa atendiendo la mercería *La Prestigiosa* de su madre, y así, su vocación de ingeniero agrónomo se fue literalmente -- como dicen algunos de usted-- al carajo.

"Estará usted de acuerdo conmigo, señor agente que, por mucho agradecimiento y amor que se tengan a una madre, a cierta edad, los machos necesitamos hembra y si no la conseguimos nos alteramos y volvemos peligrosos. ¡Y si lo diré yo! Jovita nunca dio importancia a ese punto de mi naturaleza y ya ve usted. Perdí un ojo por andar de broncudo con el primero que me disputó una hembra. Olvídese de categorías, Era una vulgar arrabalera.

"¡Pero no se vaya! No me mande guardar silencio porque, lo que tengo que decir, es muy importante.

"Aquel cumpleaños de Jovita, Rubén llegó con su novia: una empleada de esos almacenes a los que van a comprar lo que necesitan las señoras ricas. No era fea. Tampoco bonita; pero era una mujer dulce, sencilla y bien educada.

"Pudo haber sido una velada agradable si Jovita no hubiera dado la mala nota: desde que Rubén entró con Jacaranda, Jovita que reía con los comentarios de doña Ignacia, petrificó la sonrisa y a partir de las presentaciones se dedicó a hacer groserías a la muchacha, hasta que llegó el momento cumbre: antes de partir el pastel, Rubén anunció a los presentes --seis o siete personas entre las que se encontraba don Samuel-- que se casaría con Jacaranda, quien era su novia desde hacían ya siete meses. Jovita entonces, tomó el vaso de refresco que tenía enfrente y arrojó el líquido a la cara de la futura esposa diciendo que no sólo el nombre sino también las actitudes tenía de ramera. Rubén, colérico, se acercó a su madre y obligándola a inclinarse sobre la mesa restregó la cara de la anciana sobre el pastel y poco faltó, señor mío, para que ésta se ahogara. El merengue entró por los orificios nasales y la boca estaba completamente rellena de pan que alcanzó a entrar cuando Jovita habló para pedir ayuda. Por fortuna, don Canuto reaccionó y corrió a abrir la boca a Jovita para sacar con los dedos el bolo que obstruía la entrada del aire.

"Para cuando Jovita y todos reaccionamos, Rubén y Jacaranda habían desaparecido del comedor y yo pagué los platos rotos porque Jovita me propinó tal puntapié que me tiró el gorrito de cumpleaños que tenía en la

cabeza. Salí a la calle a buscar a Rubén. Esperé junto a la puerta hasta las tres de la madrugada.

"Cinco días después, apareció el novio. Estaba realmente apenado y al pedir perdón de rodillas a su madre, ésta se sintió Dios e hizo jurar a Rubén que no volvería a ver *ni a ésta ni a ninguna otra mujerzuela*. Rubén juró.

"La del cumpleaños fue la única escena violenta que presencié entre ellos en todos estos años; pero a partir de aquella fecha, Rubén se volvió malhumorado y las discusiones se hicieron cada vez más frecuentes. Dejó de tener paciencia para todo.

"Los vecinos, por supuesto, se quedaron con la imagen dramática del pastel, y a cada conflicto --en donde nunca faltaban los gritos y manotazos-- el vecindario completo corría a tocar a nuestra puerta para ofrecer ayuda a la pobre Jovita que tenía en casa un *criminal*. Por eso, todos lo han culpado a él; pero cometen un error. Esta vez fue diferente.

"La discusión comenzó a las diez de la noche. Rubén comentó a Jovita la posibilidad de un trabajo bien pagado en una fábrica de Toluca; pero las circunstancias lo obligarían a viajar de lunes a viernes, y él había decidido vivir, de lunes a viernes, en la capital del Estado. Jovita, entonces, saltó del sillón en el que tomaba café, para realizar su número favorito: vació el contenido humeante sobre la cabeza de Rubén, al tiempo que reclamaba el abandono que éste hacía a su madre para irse detrás de una *suripanta*. Rubén tomó de la mesa de centro un jarrón que había pertenecido a su abuela y lo rompió frente a su madre. Jovita se lanzó a abofetear a Rubén, y éste la detuvo por las muñecas. Yo me interpose entre los dos tratando de detener --aun con los impedimentos que tiene mi estúpido cuerpo-- la disputa; pero Rubén me sacó a puntapiés del cuarto de televisión y cerró la puerta. Primera vez en mi vida que él me pegó.

"Dentro, los gritos eran francamente dramáticos. Desde el comedor, yo imploraba, como podía, que terminara la discusión. En tanto, los vecinos golpeaban frenéticamente nuestra puerta tratando de entrar y poner remedio.

"Una sombra que cruzó de una pieza a otra llamó mi atención. Me retiré del cuarto para acercarme con sigilo a la recámara de Jovita. Ahí, un hombre hurgaba los cajones de la cómoda dejando a su paso un terrible desorden. De pronto, la puerta del cuarto de televisión se abrió y Rubén salió hacia su recámara. Minutos después, Jovita, se dirigió a la suya. Al entrar, la anciana creyó ver en la estatura y compexión del hombre a Rubén. Jalándolo por el brazo lo hizo enfrentarla al tiempo que decía que tendría que matarla porque mientras ella viviera, él no saldría de aquella casa. El hombre, entonces, tomó las tijeras que formaban el pico de la garza-costurero de Jovita, y después de clavarlas en el cuello de la

anciana, tomó un gran bulto de cosas y salió, con toda calma, por la ventana que permanecía abierta las veinticuatro horas, porque Jovita se ahogaba cada treinta minutos.

"Los vecinos, por su parte, lograron vencer la puerta. Con el estrépito, Rubén salió al corredor. Temblaba. Los vecinos corrieron a detener al *delincuente*, sin saber qué era lo que en realidad había pasado. En tanto, don Samuel encontró el cadáver de Jovita sobre un inmenso charco de sangre. Doña Ignacia, después de decir a Rubén *desgraciado, canalla, asesino* y esas cosas; corrió a telefonar para llamarlos a ustedes.

"Todos opinan, señor. Sacan conclusiones; pero nadie dice la verdad, porque no lo saben. Por eso, le ruego que no eche por la borda mi testimonio. Que deje de mandar a esa policía para hacerme callar. Haga un esfuerzo por entender, así como los de mi especie entendemos completamente a los suyos. No piense que es una circunstancia fortuita el hecho de que mi nombre vaya precedido de un apócope de santo. Eso me impide mentir. Embaucar. Mi condición me imprime el carácter de inocente. Y si eso no le basta para suspender el arresto, entonces, ¡por Dios, señor agente! ¡Por caridad! Si se llevan a Rubén, ¿qué va a ser de mí en la calle? No soy más que un viejo, decrepito, baboso y casi ciego san bernardo al que ustedes condenarán, esta noche, a ser prófugo de la perrera municipal."

## Capítulo 9

### **TODO TE SERÁ PERDONADO**

Ber-nar-do Ar-ci-nie-ga. En su mente repitió sílaba por sílaba aquel nombre que, durante tantos años, no había significado nada para nadie, excepto para él, y que hoy parecía ser de vital importancia. Palabras sagradas para muchas de aquellas caras mofletudas, flacas, tersas, de momias maquilladas; distinguidas por bigotes o barbitas de candado, lampiñas o sin rasurar. Caras comunes, singulares. Enmarcadas bajo cabelleras crespas o lacias cuando no iluminadas por el reflejo brillante de alguna calva. Ber-nar-do Ar-ci-nie-ga tuvo ganas de orinar.

--¡Nadie se moverá de su sitio hasta que la ceremonia haya concluido!  
--el religioso habló entre dientes al tiempo que cuidó de no perder la piadosísima sonrisa que había colocado entre sus prominentes mejillas. --  
¡Guarden silencio! Es un gravísimo pecado burlarse de los débiles.

--¡Ber-nar-do Ar-ci-nie-ga! ¡Aseo, conducta y aprovechamiento!

El padre Rosas sostenía entre los dedos la primera de tres medallas que habrían de serle impuestas. La señorita Fanny --secretaria *personal* de Rosas--, impecable y cordial como siempre, soportaba galardones y diplomas en una charolita de plata.

--¡Mira si te has ido al baño!

Con la vista clavada en la señorita Fanny, Bernardo apenas pudo darse cuenta de que le sería difícil caminar y subir la escalerilla hasta el escenario. Sintió los dedos del padre Mariano hundirse a la altura de su codo derecho y al momento siguiente, se encontró flanqueado por el director y su inseparable asistente, mientras que el oscuro de la sala se precipitó sobre su pequeña existencia.

Las gotas de miel de *Miss Fanny* flirtearon por breves instantes con los negros y duros escarabajos de Bernardo aprisionados tras los gruesos anteojos hexagonales, característica esencial de su cara. Fanny guiñó un ojo sonriendo, y él se ruborizó llevando su mente hasta el sitio donde la vejiga imploraba un mingitorio. Apretó con fuerza los músculos y justo cuando tenía controlada la situación, el padre Rosas pinchó por accidente la piel. Al instante, el pantalón gris Oxford dibujó en la zona pélvica una enorme mancha oscura que se extendió más abajo de las ingles, por el interior de ambas piernas. Un murmullo atravesó la oscuridad de la sala y

el director, en tono sarcástico, dijo a la concurrencia:

--¡Lástima! Acaba de perder las de conducta y aseo. --La carcajada general cayó sobre Bernardo como una lona pesada. No supo qué hacer.

Alguien le extendió con excesiva amabilidad una mano, y lo condujo, más lento de lo que él podía caminar --con todo y las ganas de ir al baño-- , hasta el centro del escenario.

--Bernardo Arciniega, ¡Maestro Emérito de la... --No escuchó más. Frente al inmenso mar de cabezas que se extendían en la sala iluminada, su pantalón gris Oxford dibujó en la zona pélvica una mancha oscura que se descolgó por ambas piernas. Esperó en silencio y petrificado las carcajadas inevitables; pero el mar se erizó en una gigantesca ola que rugió para él, embravecido.

## Capítulo 10

Para mi padre.

'--Socórrame con una ayuda, señor.'

"Francisco miró con desprecio a la mujer que, cargando a un chico en brazos, sirviendo de bastón a su hombre embrutecido y rodeada por cuatro niños más, aferrados a su falda; extendía la mano frente a nosotros.

"Yo, luego de reconocer al jefe nominal de aquella familia, saqué varios billetes de fuerte denominación. Después, le dije a la mujer que esperara un momento, y recargándome sobre el cofre de un auto, firmé un cheque a favor del portador y se lo entregué aconsejando: *Trate de abrir una cuenta, por favor. En el banco le dirán cómo hacerlo.*

'--¿Para qué les das? --me reprochó Francisco malhumorado. Sin dar crédito a lo que acababa de ver--. Es una vergüenza que la mujer ande pidiendo para mantenerle el vicio al marido. ¡Jmm! Muy hombres para embarazar viejas; pero los hijos que se los mantengan otros.' --Los miramos hasta que se perdieron al dar la vuelta por la esquina.

'--Así como lo ves --dije a Francisco obligándolo a reanudar los pasos-- , ese hombre fue millonario o... tal vez multimillonario.' --y me separé de él para entrar al *Valiant*.

'--No te creo.' --dijo él después de varias cuadras recorridas en silencio.

'--¿Qué cosa?' --pregunté sorprendido, pues mis pensamientos concordaron a la perfección con el *no te creo* de mi amigo.

'--Que ese tipo haya sido millonario. ¿Quién es?'

'--...*El Chato Vigueras.*'

'--¿Boxeador?'

'--No' --. Respondí buscando un adjetivo que calificara adecuadamente al Chato. No lo encontré. En la vida, hay situaciones que no alcanzan

calificativos.

"Coloqué un cigarrillo entre mis labios, y después de hundir el botón del encendedor, comencé a relatar la historia a Francisco:

"Eleuterio Viguerras y Ramona Juárez se enriquecieron --como muchos-- del saqueo que hicieron a las haciendas andando con *La bola* durante la Revolución.

"En las correrías entre los montes, Ramona supo ser inteligente para retener a su hombre. Lo idiotizó con sus *encantos* de soldadera entrona, porque, si Eleuterio hubiera tomado en cuenta los atributos físicos, Ramona habría sido otra de tantas abandonadas, si no es que, de plano, una solterona; pero no. En vez de embarazarse y darle molestias a *su Eleuterio*, ella echaba tortillas sobre el comal lo mismo que compartía un *chíngure* con Eleuterio después de un exitoso combate.

"Cuando él estaba tenso y nervioso por la toma de algún lugar, ella sabía *muy bien* cómo relajarlo: hacía que Eleuterio apretara y mordiera sus senos. Él, satisfecho --aunque ella no lo estuviera--, salía del petate y de la cobija mugrosa para irse a buscar la carabina y las cananas. Antes de desaparecer, la voz de Ramona lo detenía: *Cuídese, Eleuterio porque si se muere, le juro que lo mato*. Y él regresaba al petate y volvía a tener coito con ella, hasta dejarla completamente satisfecha.

"Francisco y yo llegamos al Club Capri donde teníamos reservaciones para comer. Él estaba tan absorto en la narración que tardamos casi veinte minutos para bajarnos del auto. Dos veces abrí la portezuela y saqué un pie, y dos veces tuve que volver a meterlo y cerrar sin interrumpir mi relato.

"Cuando la toma de *La Concordia*, Ramona supo que *echaría panza* --como ella decía-- y fue, sin que Eleuterio lo supiera, con *La Chiapaneca* para que le convirtiera en suspiro al muchacho.

"Viguerras --por aquel entonces-- no se enteró de nada. Sólo notó que por tres días, Ramona se puso muy pálida, que apenas hablaba y comía; pero nunca le escuchó una queja. Por eso, al cuarto día, cuando ya la vio mejor, Eleuterio, comiéndose un tlacoyo, le dijo viendo al horizonte:

'--Mire Moncha, nomás que *siacabe'sto* y va ver qué casa le pongo. ¡Grandota! En la calle de la suidá que usted quiera. Di a tres pisos. ¡Con su juente en la entrada!'

'--Mejor un río, Eleuterio' --contestó Ramona a media voz y mirando el piso con tristeza.

'--... ¡Pos ándele pues! ¡Qué caray! Con un río en la entrada, ¡Pero no se me ponga enferma, pues! Miere Moncha, si se muere, le juro que la mato --Y después de limpiarse las migajas del tlacoyo con la manga de la camisa, tomó la carabina y se fue a buscar al compadre Simón para platicar un rato.

"En la noche, sorbiendo café, absorto en la llama de la fogata, Jacinto lo volvió a la realidad:

'--Oyí lo que le dijites a la Moncha; pero pos díonde le vas a mercar casa si nunca te sacas nada de las haciendas.'

'--Ya veremos Jacinto. Ya veremos --dijo Eleuterio Viguera perdiéndose, otra vez, en las llamas del fuego-- Cuando Dios da, da a manos llenas.'

"Y Eleuterio sabía por qué decía las cosas: mientras los demás sacaban enormes espejos, muebles pesados que tenían que abandonar por los caminos; trapos elegantes que no sabían cómo usar; Eleuterio *nomás paseaba por las habitaciones de las viejas encopetadas, pa' ver qué veía. Qué le cuadraba pa' llevárselo a la Moncha; pero pos nunca encontró nada.*

"Y mientras la bola enloquecía probándose trapos, bailando al ritmo de la pianola en escenas grotescas; Eleuterio recogía *aretitos, pulcerita y porquerillitas sin valor*; que guardaba todas amarradas en un paliacate que, después, metía en un morral de cuero que nunca se descolgaba del hombro sino para combatir, caso en el que dejaba el morral al cuidado de Ramona diciéndole: *Si no regreso, ai le deajo... con eso puede vivir. Nomás póngase busa, que no se l'agan mensa.*

"Luego, a su regreso, preguntaba:

'--¿Ton's qué Moncha? ¿Ya vio lo que ai dentro?' --a lo que Moncha contestaba con enojo disimulado:

'--¿Pos apoco cree que no lo respeto oiga? Yo siempre he sabido que usted va a regresar. Tenga su cuero y no vuelva a decirme tarugadas. ¿No ve que siento re feo?' --Eleuterio soltaba la carcajada complacido por sentirse amado y luego invariablemente, añadía:

'--¡Ah qué Moncha tan bonita! ¡Sirva los chingueres, pues!'

## II

"Cuando la Revolución terminó, Eleuterio hizo pedacería los anillos, pulceras, aretes y demás objetos de oro y plata que recogió en las correrías. Además, en complicidad con Fidencio Hinojosa, había sacado de las iglesias custodias, incensarios y candelabros de plata, coronas de santos con sus respectivas piedras preciosas que enterraron en un lugar estratégico y que fueron a desenterrar cuando volvió la calma.

"Una vez, pasado de copas, Eleuterio contó al compadre Simón la historia del asesinato de un párroco de Zacatecas; pero Simón, atarantado con su propia borrachera, por más que trató de encontrar lógica en la narración de su compadre, no entendió si Eleuterio había asesinado al párroco o si sólo habían presenciado la ejecución.

"En aquellos días se veían muchas barbaridades y todos se sentían culpables hasta de lo que no habían hecho. Por eso, el compadre Simón no se sorprendió cuando Eleuterio, al terminar de contar aquello del párroco, lloró amargamente abrazándolo. Y por eso, tampoco nadie se sorprendió cuando, al otro día, ante el cadáver de Simón, Eleuterio se arrodilló y limpiándole la sangre de la sien con su paliacate dijo, apretando los dientes y sintiendo los tibios hilos de las lágrimas correr sobre sus cachetes: *Perdónenos a todos, compadre. Aquí todos semos culpables de algo. Por la menor tarugada matamos, pues.*

"A cambio de unos aretes y un crucifijo de filigrana en plata que ofreció a *La Chiapaneca*, ésta le ayudó a fundir el metal. Eleuterio se fue luego a la frontera norte a buscar compradores. Allá, un norteamericano le pagó el doble de lo que él esperaba recibir por el oro fundido.

"Un día, Eleuterio regresó al cuarto en el que cohabitaba con Ramona y le dijo:

'--Ora sí Moncha: escoja la suidá en la que quere vivir.

"Ella escogió una del Bajío. Y allá fueron a dar. Eleuterio compró, primero, una casa pequeña; pero provista de lo que él entendía por *todas las comodidades*. Explicó a Ramona que quería iniciar un negocio que hiciera crecer el dinero. Durante tres días y noches enteros, juntos pensaron qué negocio sería bueno.

"Una noche, Ramona se sentó en la cama con los ojos muy abiertos y despertó a Eleuterio.

'--Oiga... ¿Se acuerda de la máquina que vio allá en la cantina del norte?'

'--¿Cuál oiga?' --preguntó él medio dormido.

'--Pos ésa que dijo que saca música.'

'--¡Ah! ¡La vitrola! Mañana le platico Moncha, pos... ¿Cómo a est'ora pues?

'--¡No Eleuterio! --Insistió Ramona sacudiendo la manga de su compañero-- ¡Ai stá su negocio! --Eleuterio se sentó modorro sobre la cama, tratando de enfocar bien a su mujer --Mire: usté viaja pa' llá pal' norte y pregunta 'ónde' venden esas cosas. se trae unas tres y luego va a las cantinas diaquí pal'quilarlas a los dueños, pues. Y cuando junte más dinero, se va por otras y las pone en otras cantinas y así hasta que tenga una máquina en cada cantina de toda la suidá.

"Eleuterio perdió por completo el sueño. Salió de la cama para ir a buscar un puro y encendiendo el quinqué, a la luz de la flama, soltó una carcajada y dijo: '--Pos mire que nues tan bruta como yo creiba, Moncha. ¡Venga pa' ca pues!' --y a la luz del quinqué y sobre el piso frío, Ramona sintió que Eleuterio le hizo el amor, por primera vez.

'--¡Me muero de hambre, Francisco! Vamos a comer.'

"Después de ordenar, Francisco pidió una cajetilla de cigarrillos y mandó que se nos interrumpiera lo menos posible. Después, acomodándose en su asiento dijo simplemente: '--Sigue.'

"Tomé unos minutos para recordar dónde había interrumpido mi relato. Encendí otro cigarrillo y luego de dar una gran fumada, proseguí la narración:

"Días más tarde, el hombre de Ramona viajó al norte y tardó ocho semanas en regresar; pero ella nunca tuvo un mal presentimiento porque Eleuterio era un hombre de palabra y antes de engañar, se dejaría pasar por las armas de los federales. Por eso Ramona no se sorprendió cuando, un domingo, Eleuterio cruzó el patio chiflando *La pajarera*.

'--¿Pos qué me vio ayer, oiga? --preguntó Eleuterio esperando que Ramona corriera a recibirlo. Desde que se habían conocido, era la primera vez que se habían separado; pero ella, que estaba poniendo alpiste en las jaulas de los canarios y que no quería parecerse a las señoritas *culifruncidas* y ridícula de las casas grandes, sólo volteó a verlo y cerrando una rejilla preguntó:

'--¿Viene cansado, oiga?'

'--¡Pos luego!'

'--Venga a comerse unos *güevos* con frijoles charros y harta salsa, pues.'

### III

"Eleuterio logró amasar una fortuna con las vitrolas. Después, con algo de las ganancias que produjeron tanto el capital como el negocio, instaló dos mueblerías en las que, al correr del tiempo, vendió las primeras planchas eléctricas y lavadoras automáticas; pero esto sucedió mucho después, ya cuando El Chato Viguerras correteaba descalzo por el río de la *Casona Viguerras*.

"La *Casona Viguerras* fue un regalo que Eleuterio dio a Ramona, un buen día, *nomás porque sí. Pa' demostrarle cuánto la quería. Porque ella había sacrificado por él --según le contó La Chiapaneca-- un hijo, que's la más grande querencia de cualquier vieja y pos... porque había sido una promesa. Y iporque a él se le pegaba en gana regalarle una casa, pues!*

"En secreto, sin que nadie lo supiera, Eleuterio buscó un terreno o una casa en la avenida principal de la ciudad. No encontró el primero, pero sí la segunda.

"Era una casa estilo Colonial Californiano --según le dijeron-- a medio construir. El dueño murió habiendo invertido hasta el último centavo de su caudalosa fortuna, y a los deudos les urgía vender la propiedad para ver dinero contante y sonante.

"Eleuterio no lo pensó más. Se informó acerca de con quién debía hablar para cerrar el trato. Así que un día, Consuelo, mi secretaria, entró a mi oficina para decirme que el señor Eleuterio Viguerras solicitaba verme para comprar la casa de don José Tiscareño.

"Al ver la impresionante figura del comprador, comprendí por qué Consuelo se había mostrado tan contrariada al anunciarme la presencia de Viguerras: hombre robusto, petizo, extremadamente moreno y de nariz tan ancha como la de una cabeza colosal olmeca. Usaba pantalones charros con botonadura de plata, camisa negra, campera americana beige y tejana de fieltro gris Su tono vocal no correspondía a su estructura física: su lenguaje era bastante primitivo; pero su voz, de algún modo imponía

respeto en su oyente.

"Vigueras pagó la casa en efectivo, peso sobre peso, que depositó encima de mi escritorio. Luego le expliqué la necesidad que había de esperar algunos meses para que él pudiera tener en su mano los documentos que lo acreditaban como dueño de la propiedad. Vigueras se rascó la barbilla y luego de unos minutos dijo mirándome de frente:

'--Voy a confiar en usted, Licenciado; pero si me roba se muere. ¿Me entendió?'

'--Lo busco en tres meses, señor Vigueras' --dije yo ofreciéndole mi mano. Vigueras la vio con desconfianza y, sin contestar a mi saludo se puso la tejana y salió del despacho.

"Antes del tiempo estipulado, pude buscar a Vigueras para entregarle las escrituras de su casa.

"El nuevo dueño apresuró las modificaciones arquitectónicas y al mes y medio, mi secretaria y yo nos encontramos en una gran comilona para celebrar la inauguración de la *Casona Vigueras*. Debo confesar que Consuelo y yo asistimos sólo porque el miedo a desairar al charro fue más grande que nuestro deseo de negarnos a asistir.

"En plena comida, Eleuterio dijo a Ramona: '--Ora sí, Moncha l'único que nos hace falta es un escuincle quiande correteando por ai!'

"Al año y medio nació Doroteo Vigueras, bautizado así en honor al Centauro del Norte. Una vez más, Consuelito y yo fuimos invitados al bautizo, y una vez más, ambos acudimos temerosos de las consecuencias que nuestro *dasaire* pudiera haber despertado en el orgulloso padre que había permitido que su hijo recibiera el agua bendita sólo porque su Moncha se lo había pedido porque, para él, Dios era un carabina, una copa de sotol y una buena puntería.

"Por alguna extraña razón, Eleuterio Vigueras me tomó afecto y me hizo su amigo, confidente, abogado y consejero particular. Yo acepté este trato porque Vigueras me despertaba una enorme ternura y compasión: creía que el dinero lo hacía todo. Sin embargo, nunca cerraba un trato ni iniciaba negocio alguno si antes no platicaba conmigo o si yo no estaba presente en la negociación.

"La señora Ramona me ofreció cientos de comidas especiales a fin de agradecerme lo que hacía por *su Eleuterio, Vigueras*, por su parte, me confirió el enorme honor de haber abierto cada una de las botellas de su cantina para servir *sólo dos copas*: la mía, *su gran amigo* y la suya.

"Vi crecer a Doroteo, *El Chato* Vigueras. La herencia genética de su padre , aunados a los atributos físicos de la madre, habían puesto en el lugar de la nariz una protuberancia simiesca a la que debió su sobrenombre.

"Hijo único, *El Chato* creció al arbitrio de sus caprichos, mismos que eran órdenes para sus padres. Muchas veces, traté de hacer ver a Eleuterio Vigueras la importancia de que su hijo estudiara.

'--Que sepa ler y escribir, sumar y restar. Nomás eso necesita pa' seguir los negocios.'

"Así que *El Chato* sólo terminó la primaria y después, se dedicó -- mientras murieron sus padres-- a *conocer el mundo*.

"Cuando estuvo en edad para conducir un automóvil, Viguéras le regaló un *Plymounth* que *El Chato* ostentó con orgullo hasta que lo deshizo en una borrachera. Entonces, cuando el niño se restableció por completo, aunque con una secuela de cadera fracturada que lo obligó a claudicar de por vida de una pierna; su padre le regaló un *Mercedes Benz* para que no se deprimiera. Y a partir de este modelo, tomó por costumbre, en el mes de agosto, cambiar el auto por el modelo del año siguiente, sin escatimar marcas.

"Cuando *El Chato* tuvo complexión y, por supuesto, inquietudes de hombre, aprovechó los viajes de negocios de su padre, mismos a los que siempre lo acompañaba su madre; para organizar fiestas y diversiones con sus amigos *El Quirota*, *La Bartola* y *El Charro Cuellar*; este último, amigo inseparable del *Chato* y el que más ingenio tenía para organizar farras con el dinero, por supuesto, de Vigueras.

"Se daban encerrones en la casa de *Amalita de Anda*, quien se quedaba *estudiando* y a su hermanito, *El Microbio*, mientras sus padres iban de visita con los *Olguín Barrutieta*.

"Durante una de las ausencias de los Vigueras, tuve que ir a sacar al *Chato* de la delegación: El señor de *Anda* acusaba a toda la pandilla de la violación a su *tesoro*.

"En el careo se aclaró que todos --incluido *El Microbio*-- había tenido relaciones con el consentimiento del *tesoro*. La pandilla quedó libre de todo cargo y los de *Anda* se mudaron un buen día y nadie volvió a saber de ellos, aunque se rumoraba que *Amalita* había tenido un niño igualito al *Charro Cuellar*.

"Como albacea y tutor del hijo de Vigueras, quedé siempre, durante las ausencias del padre, a cargo de administrar la economía del heredero. En alguna ocasión traté de ser enérgico: negué al *Chato* una fuerte

cantidad que me pedía para dar una fiesta a sus *amigos*. Vigueras, padre, entró el lunes siguiente a mi despacho interrumpiendo a lectura de un testamento. Consuelo temblaba detrás de él como un Hámster en invierno.

'--¡Vengo a advertirle una cosa Fernández! Yo a usted lo aprecio bien: pero no se quiera pasar de listo. Todo lo que tengo, ¡hasta el último centavo!, es del Chato. Así que si el chamaco viene a pedirle, pa' lo que sea, ¡así sea la más grande de las tarugadas! Usted se lo da, porque par'eso es dé. ¿Me oyó?'

'--Sí señor Vigueras --dije yo a media voz para mí mismo, rojo de rabia y de vergüenza, después de que el patán de mi cliente nos dejó sordos a todos de un portazo.

'--Está bien, Consuelo. Regrese a su escritorio y no se preocupe. Todos los que estamos aquí conocemos bien al señor Vigueras.

"Quince días más tarde, Vigueras viajó a Houston a fin de hacerse un reconocimiento médico. Había presentado ciertas molestias de mareos y dolores estomacales. Esta vez, como en las tomas de plazas durante la Revolución, Ramona acompañó a su hombre para animarlo.

"En la ausencia de sus padres, el Chato Vigueras viajó por dos días a la Ciudad de México para contratar los espectáculos del *Folis* y del *Margo*, centros nocturnos de última moda por aquellos días; su objetivo fue traerlos consigo como parte de la despedida de soltero que *El Charro Cuellar* y él organizaban al Quirota que *Tenía que casarse*.

"Fue una semana en la que firmé varios escritos autorizando el retiro en efectivo a nombre de Doroteo Vigueras. Para el martes siguiente, a las cuatro de la tarde, el contador de la familia Vigueras solicitó verme. La cuenta ascendía al millón de pesos. Te hablo del año cincuenta y dos, en pleno poderío económico de Eleuterio Vigueras.

"El viaje de reconocimiento duró un mes y medio, tiempo en el que El Chato también se dio el lujo de cerrar prostíbulos y cantinas, pagando servicios privados por una semana. Dos días antes de que su padre regresara, la cifra había alcanzado los ocho millones.

"Una tarde, Consuelo entró discretamente en el despacho y no dijo nada. Su presencia me obligó a dejar de escribir.

'--¿Pasa algo?'

'--El señor Vigueras tiene tres horas sentado en la recepción.'

'--¿Y por qué no lo ha hecho pasar?

'--Porque no me ha dicho que quiera verlo, señor.

'--... Está bien, gracias. En un momento salgo.'

"Al salir y toparme con la figura de mi cliente entendí la cofusión de mi secretaria: Vigueras estaba terriblemente delgado y demacrado. Al quitarse la tejana --por primera vez-- frente a mí para saludarme, dejó al descubierto en su cabeza islas de cabello en las que difícilmente se podía creer que, alguna vez, había habido una cabellera abundante y gruesa. Las órbitas oculares presentaban unas profundas ojeras. No hubiera sido difícil creer que eran maquilladas y no naturales. La demacración era exagerada.

'--Vengo a hablar en serio Fernández.'

'--Por favor' --dije yo apresurándome para ayudarlo a levantarse.

'--Ja, ja, ja. ¡Ah, qué pelao tan lindo! Usté siempre tan decente' --dijo cacheteándome de modo extremadamente paternal--. M'estoy muriendo oiga --siguió sin miramientos ni melodramas, sentándose en uno de los sillones frente al escritorio--. Vengo a dejar mis cosas completamente claras pa'que ni El Chato ni la Moncha tengan problemas. ¿Me entiende?'

'--Absolutamente. ¿Qué quiere hacer?'

'--... Poner a estudiar al desgraciao de m'ijo. A ver cómo le hace, Fernández; pero ese cabrón tiene que tener un título. De lo que sea; pero título.'

"Traté de explicarle el asunto de las vocaciones, de las aptitudes para los estudios superiores y esas cosas; pero Vigueras no entendió. Así que esa noche fui a la *Casona* y esperé, después de la cena, hasta la una treinta de la madrugada, a que llegara El Chato de su francachela.

'--El Licenciado vino a hablar con usté m'ijo. Ai lo veo mañana en su despacho, Fernández. --dijo palmeandome la espalda. Antes de salir de la sala se volvió para preguntarme--: ¿No traerá un purito, oiga?

'--Discúlpeme. Sólo cigarrillos.'

'--¿Pos qué nues hombre, Fernández?'

'--Sí; pero... No quiero morirme rápido de cáncer.' --Me aventuré a decir acertando en uno de los clavos de Vigueras. El otro era la diabetes.

'--Hace bien, Licenciado. Hace bien. A ver... déme uno d'ésos, pues.'

"El detino quiso que, justo al día siguiente, Ramona cayera rodando por las escaleras, fulminada por el apéndice reventado. Eleuterio Viguerras se enteró del suceso cuando regresó a la casa a la hora de la comida. El Chato, tres días después, cuando en el desayuno exigió que su madre le preparara algo picoso para curarse la resaca.

"Sobra decir que jamás pude convencer al Chato para que estudiara. Con el pretexto de la tristeza por su madre, se dio quince días a la borrachera.

"Eleuterio Viguerras vino a verme algunos día *nomás pa'blar de cosas*; pero apenas y dijo algunas frases los dos primeros días. Al tercero me contó su vida al lado de Ramona, y lloró amargamente desde las doce del día hasta las cinco y media de la tarde, hora en la que se levantó y dijo:

'--Bueno, Fernández... Así es esta mendiga vida. Luego lo veo. Voy a ver a Pafnuncio pa' que me saque una chingada muela que ya no aguanto.'

"Le sugerí que fuera a ver a mi dentista y no al barbero y hasta me ofrecí para acompañarlo.

'--No, no. A mí los sacamuelas me dan pánico, Fernandez; pero... pos no se lo diga a *nadien*.'

'--No se preocupe, don Eleuterio.

'--¿Don? ¡Ja! ¡Eleuterio a secas, Fernández! El único amigo sincero que he tenido desde el compadre Sinón, ¡qué Dios lo tenga a fuego lento!, ha sido usted. Ai nos vemos, pues.

"Cuatro días después, Eleuterio Viguerras murió un domingo mientras fumaba *un cigarrito para maricas, de los que Fernández decía que retardaban el cáncer*.

"Al quedarse solo, El Chato Viguerras buscó muy pronto compañía y fue entonces cuando se casó con esa mujer que trajo Dios sabe de dónde y cuyo grado primitivo era tal que, teniendo lo último en aparatos de línea blanca, lavaba la ropa en el río artificial que Eleuterio puso a la entrada de la *Casona Viguerras pa' darle gusto a la Moncha*, y la ropa la tendía a lo largo, sobre la reja de hierro forjado.

"Por su parte, El Chato Viguerras continuó con su *vida social*. Estaba convencido de que a los amigos debe agasajárselos con frecuencia, a fin de que 'estos respondan cuando uno los necesita'. Sólo que El Chato no quiso creer que los amigos desaparecen, justo, cuando se acaba la

bonanza.

"Ante mis constantes sermones para aconsejarlo y convencerlo de que debía buscar maneras para extender sus negocios y aumentar su capital que ascendía --sin contar las mueblerías, las zapaterías, las tiendas de telas, las flotillas de taxis y camiones de pasajeros, ni el negocio de las rocolas-- a doscientos cuarenta millones de pesos en efectivo; El Chato Viguera, cansado de mí, un buen día se presentó en mi oficina diciendo:

'--Sólo vengo a decirle que estoy harto de sus consejitos. Me enteré que, como mayor de edad, puedo hacerme cargo de mis cosas. Está despedido, Fernández.

'--¡No, señor Viguera! --contesté yo sin miramientos-- No estoy despedido. Quien me contrató fue su padre y al morirse él, nadie volvió a pagar uno solo de mis honorarios. Seguí prestando a usted mis servicios en memoria del afecto que le tuve a su señor padre. De modo que le voy a pedir que venga usted el próximo viernes a las nueve de la mañana, a fin de que yo pueda hacerle entrega de toda su documentación. Buenos días señor Viguera.'

'--Oígame...'

'--¡Buenos días señor Viguera...!

"El Chato salió de mi oficina al estilo Eleuterio Viguera; azotando la puerta. Sólo que él sí rompió el vidrio. Salí al corredor para alcanzarlo y decirle:

'--Me debe usted un vidrio, señor Viguera. Esta tarde mi vidriero pasará a cobrarle la cuenta.

"Viguera se quedó a medio corredor y con un tono majadero dijo:

'--¿Cuánto cuesta su vidrito?

'--No sé señor. Yo no vendo vidrios' --regresé a mi despacho y ordené a Consuelo que buscara toda la documentación referida a la familia Viguera Juárez existente en nuestros archivos. Después, llamé al contador de la familia Viguera para explicarle la razón por la que yo lo despedía y no volvería a pagar sus servicios. Al menos, no por la contabilidad de los asuntos de Doroteo Viguera.

"Al año, por las mismas fechas, el señor Ibarra Zamudio, uno de mis más antiguos clientes, vino a verme con motivo de la adquisición de una cadena de mueblerías registradas bajo la razón social *Treinta, Treinta*. Habían sido subastadas, junto con otras zapaterías y tiendas de tela, por el gobierno del Estado. No pude evitar sentir un relámpago en el

estómago.

"Dos meses después, tuve que pasar frente a la *Casona Viguera*s. Ostentaba un letrero de SE VENDE. Indagué con los vecinos qué había sucedido con los dueños. Después de escuchar historias terribles de gritos y cristalería rota, de golpes y fracturas sufridas por la esposa del dueño, supe que El Chato se había convertido en un adicto al alcohol y a las drogas. Motivo principal de su bancarrota.

"Por tres días, me sentí culpable. Pensé que, tal vez si yo hubiera tenido un poco de paciencia, el desplome económico de los Viguera no habría ocurrido. Al menos, no tan rápido.

"Los quince días siguientes, me dediqué a buscar al Chato en todas las cantinas de la ciudad y en las de los pueblos cercanos, con el fin de ofrecerle mi ayuda. Busqué también al Charro Cuellar para preguntarle si sabía algo; pero despectivamente dijo: *Usted comprenderá que mi posición me impide tratar con cierto tipo de gente*. Me abstuve, no sé cómo, de romperle la cara.

"Acto seguido, contraté un servicio de inteligencia que buscó al Chato por los barrios bajos, en las cercanías del parían, en fin, en donde supusimos que podría hallarse. No dimos con él.

'--... ¡Mira dónde vine a encontrarlo! En plena Capital de la República. Y ya ves: esta noche salgo para Buenos Aires y sólo Dios sabe cuándo voy a regresar... los mendigos... siempre existe una causa que los arrastró a la mendicidad. Si no los ayudas, al menos no los critiques ni los humilles, Francisco. Cualquiera de nosotros puede estar mañana en su lugar.'

"Me detuve en un estanquillo a comprar unas pastillas de menta. Cuando me volví hacia mi amigo para preguntarle si deseaba algo, éste me sorprendió... daba un billete a un anciano que le había pedido *una ayuda*."



## Capítulo 11

### IGUAL Y COMO SIEMPRE

Sandra observó al hombre que se reflejaba sobre la puerta del vagón. Él buscó, discretamente, el punto energético que lo hacía voltear, irremediablemente, al sentirse observado.

Sus miradas se cruzaron en el vidrio opaco. Al abrirse las hojas de la puerta, mientras la gente salía y entraba, él miró, por el rabillo del ojo, el cabello de Sandra: largo, reseco, lleno de puntas abiertas.

Imaginó la textura húmeda y pegajosa de los dedos negros y ensalivados --asidos al tuvo metálico-- cuyas uñas ostentaban orgullosamente aquel esmalte azul nacarado.

Al quedar cerradas las hojas, otra vez, Sandra vio en la imagen del vidrio cómo "el viejo" la miraba de los pies a la cabeza, pasándose la lengua por los labios y ella sintió --igual y como siempre cuando Anselmo estaba cerca de ella-- cosquillitas extrañas, y por eso, comenzó a seducir al hombre sin mirarlo: hizo un quiebre de cadera y su blusa se ajustó más todavía en la parte superior, delineando las pequeñas protuberancias que apenas comenzaban a marcarse; la minifalda roja subió aún más dejando casi al descubierto el nacimiento de un glúteo. El hombre recorrió con la mirada las piernas morenas, desnudas y chorreadas de Sandra, hasta llegar a los pies polvosos metidos en unos zapatos negros, rotos y viejos.

Un patético --que pretendió ser gracioso-- movimiento de cabeza, dejó ver alrededor del finísimo cuello una gargantilla delgada, hecha con cuentas de chaquira, y en la oreja izquierda, un perrito de plomo daba brincos sobre el lóbulo.

Al llegar a *Hidalgo*, Sandra volteó a ver al hombre y sin decir nada, con el simple brillo de sus ojos, hizo que la siguiera. Ella caminaba adelante. Él, varios pasos atrás, la seguía hipnotizado al ritmo del vaivén de la faldita.

Ya en la Alameda, Sandra se escabulló entre la oscuridad de los matorrales y él la siguió famélico de concupiscencia.

Encontró a la mujercilla recargada en el tronco de un árbol. Por fin, pudo abrazarla y besar su cuello mientras apretaba los casi nulos senos.

--¿Cuántos años tienes? --pregutó lamiendo la oreja de Sandra.

--Doce. --Dijo ella sin sentir nada más que los molestos piquetes que el hombre le hacía en la mejilla con su barba de dos días.

--Espérate. --Volvió a decir Sandra-- Déjame hacerlo a mí.

Le pidió que se agachara y ella, lentamente, fue acariciando con su lengua los labios, la garganta, el pecho, el vientre, el bajo vientre del hombre y al llegar al sexo, un brevísimo lengüetazo hizo que él se volviera loco de placer. Si no hubiera cerrado los ojos, habría visto, en la oscuridad, el destello luminoso que había escapado de la mano de Sandra quien, en un movimiento rápido, desprendió con habilidad magistral el miembro del hombre quien aulló de dolor.

Ella se perdió en la oscuridad de la Alameda y ya muy cerca de la Avenida Juárez, tiró el falo en un seto. Luego, comenzó a caminar con naturalidad en dirección a su casa, que estaba a nueve cuadras más allá del Barrio Chino.

Antes de entrar al cuartucho, lavó sus brazos, su cara, su cuello, las manos y la navaja en la llave de la entrada.

Al pasar frente a la puerta de *La Tehuana* ésta volteó a verla y arreglándose los senos postizos no se quedó con las ganas de dar su opinión:

--¡Ay! ¿Otra vez andas de pajarera, Sandra? Hasta que no te agarren niña --y luego, para ella misma--. ¡Siquiera me los guardaras en frascos de formol! ¡Mmmmm!

Sandra se acostó sintiendo, igual y como siempre que hacía aquello, un sudor frío recorrerle la espina dorsal confundándose con el calor tibio del cuerpo de su hermana Adelaida. Vio, cintilando, bajo la llama de la veladora, el retrato de su madre y otra vez, igual y como siempre, le pidió perdón hasta quedarse completamente dormida.

El día amaneció lluvioso y ella hubiera querido quedarse todavía un poco más en la cama; pero había prometido a su madre que cuidaría de Anselmo y de Adelaida. Por eso se levantó a conectar la parrilla y a poner el posillo de café. Tenía que estar bien caliente para cuando Anselmo llegara.

Apenas acababa de colocar la panera sobre la mesa, cuando se abrió la puerta y ella comenzó a temblar con deseo y con temor, con gusto y con

vergüenza.

--Encontraron un tipo muerto en la Alameda. Creo que le cortaron el chorizo por andar de *putarraco*. Jijiji. Ésas sí son porquerías. En cambio... lo que hacemos tú y yo, Sandra...

El padre se acercó y comenzó a desnudarla y ella, igual y como siempre, se lo permitió porque, para vengarse, estaban los otros hombres, éstos a los que no conocía y que buscaba todos los lunes por la noche. Los que jamás tocarían su cuerpo como lo hacía él, su padre, Anselmo y que ella... no podía negárselo a sí misma, le gustaba.

## Capítulo 12

### **SÓLO JUGÁBAMOS, SEÑOR**

Adriano llegó al salón de clases ya iniciado el curso escolar. Sus padres habían quebrado económicamente; pero gracias a algunas amistades influyentes, Adriano había podido ingresar a una escuela oficial a fin de no perder el año.

Acostumbrado a otro trato, su comportamiento *natural* colocó una flecha sobre su persona, convirtiéndolo en el bufón del grupo.

Todos, desde la primera hora de clases y hasta la salida, permanecían expectantes a los movimientos, a cada respuesta de Adriano para hacer de él mofa ramplona. Había los que, a fuerza de sólo molestar, se veían estúpidos y obsoletos haciendo bromas poco inteligentes.

La saña de los compañeros creció, aún más, cuando se dieron cuenta de que Adriano era un discípulo excepcional: resolvía las ecuaciones algebraicas de tercer grado en menos de cuarenta minutos y los problemas de física y química lo aburrían a tal grado que, mientras los demás terminaban de resolver los suyos, Adriano pedía permiso para leer un libro y así no perder *su* tiempo.

No lo hacía por pedante, la madurez era inherente a su naturaleza; pero la masa bruta y vulgar que componía el grupo de Primero B no comprendió esas sutilezas y comenzó a hostigarlo, cada vez más. Hubo ocasiones en las que, incluso los maestros, fueron promotores de las burlas.

Adriano callaba, observaba. Ni una sola expresión se dibujó nunca en sus facciones que pudieran haber hecho ver a los otros que él estaba molesto o por lo menos avergonzado.

Sin la costumbre de alternar con chicas, cuando alguna de ellas le preguntaba algo, él se ruborizaba y los demás esperaban el momento para verlo salir corriendo.

Concedoras de esto, Claudia Leguízamo y Martha Coruña se divertían dejando sobre el pupitre de Adriano toallas sanitarias bañadas con tinta roja o mermelada de fresa.

--Deberían de ser un poco más recatadas --dijo una vez mientras limpiaba su lugar; pero no consiguió sino las risas vulgares de las dos

gordas prietas y la de los patanes de la clase.

Otro día, Adriano tuvo que pelearse con un sostén pegado a lo largo de la carpeta del mesabanco. El examen mensual había impedido a Adriano mantener los cuadernos encima del escritorio a fin de tapar la prenda, y hubo de contestar su examen sobre el escritorio del profesor.

A partir de ese suceso, Adriano se hizo aún más introvertido y ya ni si quiera levantaba la mirada si no era para contestar lo que algún profesor le preguntara. En consecuencia, los chicos tomaron más fuerza y comenzaron a perder la noción del juego estúpido, de la burla ofensiva. El acoso pasó del terreno de lo verbal al contacto ofensivo. En ocasiones, al terminar la clase, lo perseguían por toda la escuela como si se tratara de un animal al que había que exterminar. Más de cuatro veces lo encontraron a altas horas de la tarde, completamente desnudo, en algún baño para mujeres o para profesoras.

Adriano era paciente. Nadie sospechaba que, bajo su constante sufrimiento silencioso, planeaba una venganza: todas las tardes, al finalizar la escuela y cuando no era objeto sino de algún acoso intrascendente, investigaba de cerca la vida privada de los compañeros y profesores que habían hecho mofa de él. Adriano había tenido la paciencia para seguir la vida privada de sus enemigos. Con su cámara de vídeo, recuerdo de sus tiempos prósperos, pudo captar las golpizas que Claudia Leguizamo recibía de sus padres alcohólicos; las órdenes que Guzmán --el fortachón del grupo-- recibía de su hermana mayor: lavar trastos, colgar la ropa recién lavada, en los tendedores.

Respecto al maestro de civismo, descubrió que éste sostenía relaciones con la *naca* de Biología: todos los miércoles, se encontraban en un hotelucho de la Colonia Roma; al de Química pudo tomarle quince minutos de vídeo junto a su amado compañero, Camargo, el profesor de Matemáticas. Lamentaba llevar a cabo esta parte de su plan porque Camargo le era simpático; pero al pelón de Química no iba a perdonarlo.

Cuando estuvo listo, pidió permiso a las autoridades de la escuela para utilizar el salón de actos a fin de presentar a sus compañeros un vídeo de educación ecológica.

Los tres primeros grados de secundaria y los profesores --por lo menos los que a él le interesaban-- estuvieron presentes en la sala. Soltó el vídeo: risas tímidas, al principio, luego la carcajada franca. Al finalizar la sesión, Adriano fue llamado a la oficina del director. No podría entrar a clases hasta que sus padres se presentaran a hablar con el Licenciado Saavedra pues, Adriano sería expulsado por treinta días.

Ojalá todo hubiera quedado ahí. Al terminar las clases de aquel día, Guzmán y Leguizamo esperaron escondidos en un recodo de la escalera.

Adriano bajó --como todos los días-- cuando ya se habían ido los demás. Guzmán y Leguízamo lograron, una, taparle la boca, otro, asir sus manos tras la espalda. El docente de Química alcanzó a ver, desde el salón de maestros, cómo los dos chicos metían al baño de hombres del tercer piso a Adriano. El profesor avisó al docente de Civismo y ambos subieron a unirse a Leguízamo y a Guzmán. Cuando llegaron, Adriano ya presentaba una fuerte hemorragia nasal, producto de un puñetazo de la *fin*a gorda Leguízamo.

El profesor de Civismo entró directo a elevar por los aires a Adriano y recordando su tiempo de judicial, sumergió la cabeza del muchacho en el retrete por varios segundos. Al permitirle respirar, Adriano torció manoteando a diestra y siniestra para zafarse de las manos del hombre. Guzmán volvió a descargar otro golpe sobre el vientre de su compañero y el profesor de *Civismo*, una vez más, sumergió la cabeza de Adriano.

Alguien había avisado al director, quien entró justo en el momento en que el cuerpo del muchacho tan acosado se derretía en brazos del profesor de Civismo como un monigote de trapo... El director no supo qué hacer. Miró al profesor de Civismo buscando la manera de explicar a los padres de Adriano lo que había sucedido. El químico golpeaba su frente contra la pared, sintiéndose culpable por haber avisado al otro docente. Leguízamo, paralizada, no daba crédito mientras miraba el cuerpo estupefacta. Guzmán se acercó llorando al director:

--Sólo jugábamos, señor... --y luego, para sí--: Sólo jugábamos.

## Capítulo 13

### COINCIDENCIA

"No recuerdo dónde o cuándo comenzó. Sé que fue hace mucho tiempo. Las imágenes son borrosas diapositivas en las que, siempre, aparezco acompañada por alguno de ellos. Recuerdo mis dedos y palmas, suave desliz, sobre sus jóvenes o viejos --y ya por esto, para mí, más atractivos-- cuerpos, al tiempo que mis ojos descubrían, con lentitud y en silencio, los secretos constitutivos de sus existencias que --sólo por mí-- llegaron a tener vida. A veces, como aquélla, fui su víctima. Otras... mutuamente, fuimos embeleso. Ellos contemplaron, no pocas noches calurosas, mi desnudez tendida sobre la cama al tiempo que yo los soporté --por más gordos que fueran-- sobre mis desparramados pechos. Sólo uno era el privilegiado. Acaso dos o tres --los imprescindibles para consumir aquel acto amoroso-- reposaban siempre a un lado, perdidos en el soporífero ritmo constante de mi respiración. Los demás: los olvidados, los resentidos, los que no me gustaron, aquellos que tuvieron poco qué decir; permanecían recargados junto a la pared o descansando sobre el piso de la habitación, observando con actitud magistralmente *vouyerista*.

"En ocasiones, al pasear por algunas calles del Centro, sus aromas y presencias llegaron hasta mis sentidos y aunque yo me resistía a voltear siquiera a verlos, su poder de seducción siempre ganó y terminé intercambiando miradas de flirteo.

"En mi inconsciencia, había presentido lo patológico del caso; pero me dejé llevar. Nada, fuera de sus compañías, me hacía sentir tan satisfecha en la vida. Amigos que antes me divertieron, comenzaron a parecerme cada vez más frívolos y fastidiosos. Poco a poco dejé de frecuentarlos y terminé encerrada en el paraíso que formé con todos aquellos que rara vez me parecieron vacíos.

"Pronto hubo necesidad de vender los muebles. Llegaron a ser tantos en la casa que, difícilmente, se podía respirar. El espacio era reducido y prevalecía el olor de los viejos, a los que había que dejar los mejores lugares ya que, muchas veces, son los más sensibles al mínimo maltrato.

"Sólo me interesaba estar con ellos. Dejé de trabajar y --por lo tanto-- de percibir dinero. Los ahorros, poco a poco, mermaron hasta que, finalmente, desaparecieron como se esfuma cualquier capital que se deja en manos de un adicto. Lo peor del caso era que no quería deshacerme siquiera de uno. Cuando ya no hubo más caudal, tuve que encontrar una forma para seguir llevándolos a mi casa. Llegó el momento en que el asalto

ya no me bastó. Cada vez fui deseando más. Los mejores. Los más hermosos, los más interesantes y --de todos ellos-- uno era el que me seducía desde hacía tiempo. ¿Cómo hacerlo mío? Estaba tan alto, tan distante, tan admirado siempre por tantos y tantas. Tenía que conformarme sólo con verlo. Todas las tardes, a eso de las cinco, caminaba frente a aquel que se exhibía majestuosamente. Allí permanecía admirándolo de lejos hasta las nueve treinta, hora en la que yo comenzaba a bostezar. Mis caminatas comenzaron a levantar sospechas entre los dueños de comercios instalados sobre mi acera y puesto de vigilancia. Algunas prostitutas que operaban en el sitio llegaron a reclamarme derechos de antigüedad. Fue momento de tomar drásticas decisiones. Sólo una de dos: arriesgarme u olvidarme. Opté por la primera.

"El plan había sido, perfectamente, trazado.

"¡Día elegido! La calle estaba casi vacía, detalle que dificultaría mi huída. Tendría que ser ágil, inteligente y precisa. Sin pensar más, procurando mantener la mente en blanco para evitar fugas innecesarias de energía --que buena falta iba a hacerme para escapar--, me acerqué lentamente, al tiempo que --bajo el abrigo-- asía el tubo metálico con el que realizaría el plan. Cuando estuve lo suficientemente cerca, lo levanté sobre mi cabeza...

"No pude hacer más. En el mismo instante, la vidriera se rompió en mil pedazos y casi, simultáneamente, un hombre delgado, con el rostro cubierto bajo un pasamontañas rojo, tomó mi presa y huyó. El impacto fue tal que no pude moverme. Cuando tomé conciencia de la situación, me encontré allí, buscando la explicación más cuerda para salir de aquella absurda circunstancia.

"... Y ya me ve aquí, doña Eufrasia. ¿Me creerá, usted, si le digo que sigo buscando el modo de escapar al placer suicida que es a lectura?"

## Capítulo 14

### OMISIÓN DE PRONOMBRE POSESIVO

Fidel se animó a entrar un viernes, ya tarde, cuando grandes goterones comenzaron a caer del cielo con la misma intensidad con que las balas de plomo se incrustan en el concreto. Llegó a pensar que ¡por fin! los dioses habían encargado su exterminio, porque las gotas comenzaron a caer así de pronto. Sin más ni más. No sería raro --después de observar cómo anda el mundo-- que por ahí anduviera un ángel francotirador encaramado en algún árbol apuntando a todo aquel que por debajo pasara. En fin. El caso era que, gracias a la circunstancia inesperada, él había decidido entrar.

En el lugar estaban otras personas quienes, al verlo, cortaron su conversación. Después de algunos segundos, doña Rafaela conminó a Fidel a dar una ojeada a la mercancía del local. Éste, incómodo por sentirse observado, cerró los botones de su chaqueta de pana y comenzó a caminar fijando su atención en las antigüedades que había a su alrededor.

Sentada en el piso, junto a una mesa estilo *Art Déco*, una mujer gorda lo miraba con insolencia. Podría decirse, incluso, con procacidad. Una vez más, se sintió molesto y avergonzado. Dio la espalda a la mujer y su vista fue a estrellarse contra las paredes de la habitación, sobre la que estaban recargadas otras mujeres. En la esquina, una se exhibía sobre un costoso diván. A él no le parecieron del todo desagradables, aunque, sí comunes y carentes de misterio.

Un biombo japonés llamó su atención. Permaneció durante varios minutos contemplando los diseños y buscando analogías entre la mujer sentada en el piso y aquellos luchadores de *zumo*, hasta que un gato siamés, restregándose contra su pantalón, lo hizo tomar conciencia del entorno.

La curiosidad por ver qué había detrás lo obligó a empujar al gato, que fue a estrellarse contra un baúl sobre el que estaba sentada una mujer desnuda.

El espectáculo que observó del otro lado del biombo, lo dejó perplejo. Éste, guardaba celosamente de las miradas de los parroquianos a una mujer joven, bellísima no tanto en su físico como en el misterio que encerraba su mirada. Supo por un tatuaje, grabado en el brazo izquierdo, que se llamaba Mercedes --nombre al que hacía honor, puesto que poseía numerosas gracias--. El cabello negro y suelto enmarcaba la cara

angulosa cayendo sobre los hombros descubiertos para, después, perderse por completo en el fondo del unitario del mismo color. Su sonrisa, firme pero discreta, ejerció en Fidel un incontrolable poder de atracción. A lo largo de veintiún años jamás mujer alguna había despertado en él sensaciones tan extrañas. No era misógino, simplemente las evitaba. Sabía muy bien que a las mujeres hay que comprarlas sin involucrarse.

Desde el primer momento en que apareció frente a ella, Mercedes también lo miró, creándose entre ambos una especie de círculo mágico del que él no pudo ni quiso zafarse.

Inmerso en la profundidad de aquellos ojos castaños, perdió la noción del tiempo hasta que la voz de doña Rafaela lo sacó, bruscamente, de su abstracción.

--Son pocos los que pueden pagarla, y los que pueden, casi nunca muestran interés. Les parece poco estética. Hay quien ha dicho que es vulgar y fea.

Fidel dio dos pasos hacia atrás, miró a la dueña con indiferencia y salió del salón.

Al día siguiente, no obstante la lluvia, estuvo parado frente al negocio desde las cuatro de la tarde. Esperaba, por alguna razón, que doña Rafaela no se encontrara. Tuvo mala suerte. La señora permaneció el resto de la tarde y parte de la noche junto a la ventana, platicando --al parecer--con uno de sus mejores clientes.

La escena se repitió por tres días consecutivos hasta que Emilia, brazo derecho de la dueña y quien se había percatado de lo que sucedía a Fidel, Salió el jueves por la tarde a informarlo:

--La señora se va mañana. Estará fuera un mes.

Aunque Fidel se alegró, no mostró la mínima expresión.

No se presentó a trabajar. Quiso hacer de ese viernes un día *sui generis* y por eso recibió el amanecer con *La fuerza del destino* en los oídos y el sabor de anchoas y *Oppenheimer* en el paladar. El hecho de ser mesero no le impedía ser amante de las sutilezas. Algún día, las galerías se pelearían sus cuadros y entonces él tendría, no una botella y una lata, sino una alacena y una cava llena de anchoas y *Oppenheimer*.

El resto del día pintó escuchando música, a fin de preparar su energía interior para el encuentro con Mercedes. No quiso molestar demasiado, por eso llegó a las tres y media de la tarde y desde esa hora, hasta las nueve y media en que salió, se sentó en el piso frente a ella para observar

cada uno de sus rasgos.

Cuatro tardes fue, religiosamente, a contemplarla. Las mismas que Emilia observó a Fidel.

El miércoles tuvo que esperar a que un tipo muy trajeado se retirara del biombo. Emilia le dijo que el cliente estaba muy interesado, aunque también le gustaba la mujer desnuda del baúl y que iría a pensarlo algunos días.

Durante los tres que siguieron, Fidel no se presentó al lugar. Estuvo muy ocupado: vendió cuadros, discos, malbarató la grabadora y algunos libros, pidió préstamos. Cobró --a su pesar-- dinero que algunos le debían. Sólo pudo reunir la mitad.

A las tres de la mañana se le ocurrió que Emilia aceptaría la mitad como anticipo.

La tarde siguiente habló con ella. Para sorpresa suya, Emilia aceptó la proposición bajo el acuerdo que, a más tardar en una semana, habría de pagar el resto. Fidel hizo las cuentas: con el dinero que tenía en el banco y con un préstamo de doscientos, terminaría de pagar.

Antes de salir se acercó a mirar tras el biombo. No tenía más qué pensar; pagaría por ella el precio estipulado y más.

Conseguir los doscientos le llevó casi quince días, pero pudo reunir la mitad que faltaba el viernes por la noche.

El sábado esperó --fumando recargado en un poste de la calle-- a que abrieran, mientras pensaba en cuál habitación estaría mejor.

--¿Esperas a alguien? --Fidel volteó a ver al gordo patrullero que se acercó a él fajándose--. Muévete, viejo, estás sospechocito.

Iba a comenzar a caminar cuando Emilia abrió la puerta. --Tengo el dinero-- dijo Fidel dejando escapar una sonrisa. Emilia no contestó. Tampoco lo invitó a pasar.

--¿Tiene problemas chula?

La asistente levantó la mano hacia el patrullero y con el índice, nego.

--Aquí vamos a estar un rato, por si se le ofrece algo.

Fidel entró molesto, al tiempo que entregó un paquete a Emilia.

--Ahí está el resto.

Se dirigió detrás del biombo. Mercedes no estaba ahí. Fue a buscar a Emilia que ya estaba contando el anticipo para regresar el dinero completo a Fidel.

--Te dije que no tardaras más de una semana. Ayer vinieron por ella.

--Yo di anticipo.

--Sí, pero el Licenciado Resenos pagó trescientos más. Anoche trajeron una pintura mucho mejor y más barata. ¿Quieres verla? Yo no sé qué le viste a esa...

Fidel salió corriendo, mientras Emilia, detrás de él, gritaba:

--¡Oye! ¡Tu dinero! ¡Tú dinero!

En la calle, grandes goterones comenzaron a caer del cielo. Y al grito de *dinero*, el policía salió del auto y comenzó a disparar. Fue entonces cuando Fidel se convenció de que ¡por fin!, los dioses habían encargado su exterminio, porque las gotas comenzaron a perforarlo así: sin más.

México, 1995 - 1999